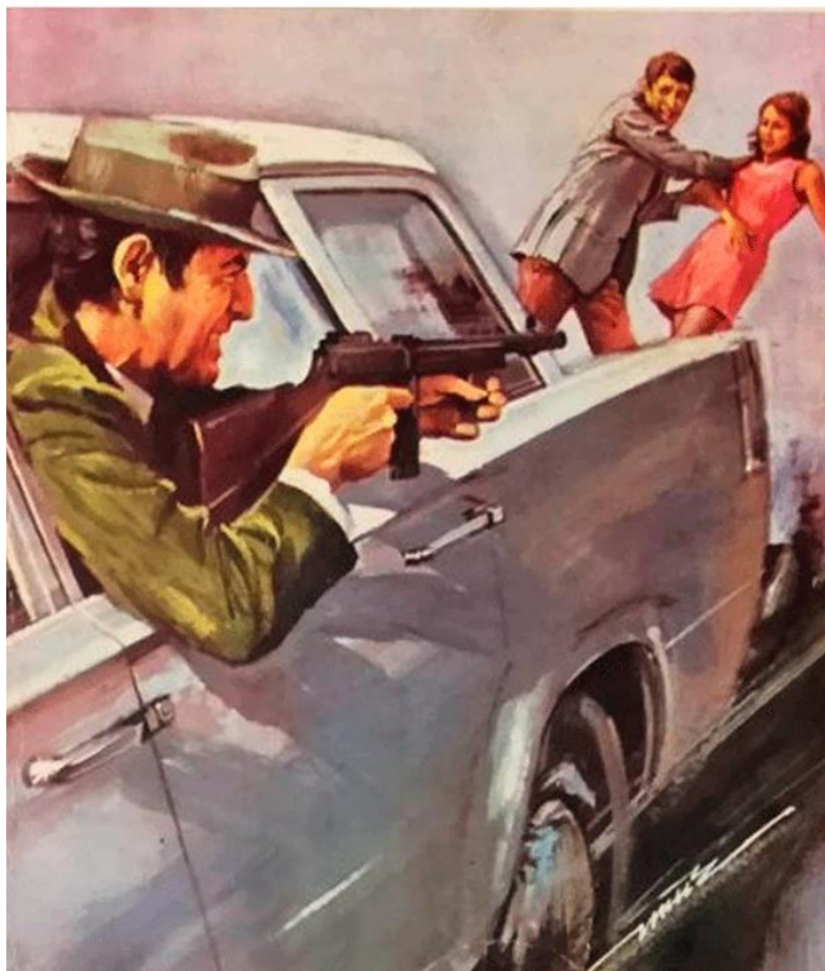


BOXILIBROS BAUGUERA
PUNTO
ROJO

especialista en jaque mate

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

SILVER KANE

ESPECIALISTA EN JAQUE MATE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 570
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 1.279 - 1973

ISBN: 84-02-42520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1973

© SILVER KANE, 1973

texto

© JORGE NUÑEZ, 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

PRÓLOGO

Eran los tiempos en que empezaba a triunfar Elvis Presley.

Los tiempos en que el exgeneral Eissenhower era presidente de Estados Unidos.

Los tiempos en que el Superconstellation era considerado un avión insuperable para pasar el Atlántico.

Los tiempos en que pocos países de Europa tenían ya la televisión.

En aquella época el muchacho alto y bien constituido que pasaba por la calle principal de Salem, en Massachusetts, estaba muy lejos de suponer que un día el destino del mundo podía depender de él. Era ya a su edad un gran jugador de ajedrez y un científico notable, pero no imaginaba lo que el destino le tenía deparado. Para él lo único importante era la muchacha, unos años más joven que él, a la que veía todas las tardes cuidando las flores en el jardín de su casa.

No conocía ni su nombre.

Sólo sabía de ella que era la hija de un juez.

Todas las tardes pasaba por allí solo para verla, para encontrarse un momento con sus ojos. Nada más. Cualquiera hubiese podido pensar que era el nacimiento de una romántica historia.

Pero se habría equivocado.

Era en realidad el nacimiento de una sucia historia.

El muchacho alto y bien formado no podría olvidar nunca a la muchacha que cuidaba el jardín, aunque sabía que ésta tenía relaciones semisecretas con otro joven.

También pensaba que nunca tendría ocasión de tocarle ni un dedo.

Pero aquella tarde las cosas cambiaron.

Aquella tarde dos hombres eran espectacularmente perseguidos por la policía a través de la calle principal de Salem. Eran dos

atracadore que enviaban a todas partes una rociada de balas. Los patrulleros que le4 perseguían, por su parte, lo estaban sembrando todo con plomo.

Para el muchacho que cada tarde pasaba por allí, la cosa tenía una trágica claridad: una de las balas podía alcanzar a la chica que cuidaba del jardín.

En realidad ya estaban picoteando el suelo junto a ella.

El muchacho saltó con agilidad felina y se lanzó a sus pies. Logró derribarla y la salvó *in extremis*, cuando ya una rociada de balas pasaba por el sitio donde un momento antes había estado su cuerpo.

Se jugó la vida por salvarla a ella.

Tanto, que uno de los plomos le atravesó una pierna, dejándole lesionado durante más de doce meses.

Pero él no sintió dolor.

Era la primera vez que tocaba a aquella maravillosa muchacha.

No volvería a tocarla hasta quince años más tarde.

Y éste fue el principio de lo que mucha gente pudo considerar como una sucia y repulsiva historia.

CAPÍTULO PRIMERO

LAS VEGAS, NEVADA

Aparentemente todo aquello empezó siendo un rompecabezas insondable, uno de esos líos sin solución que vuelven locos a los expertos durante meses y meses.

Efectivamente, los técnicos de la CIA, la más poderosa organización de espionaje y contraespionaje del mundo, habían estado investigando arduamente para tratar de encontrar, al menos, el inicio de aquella maldita trama. El final sabían que quizá no lo encontrarían jamás, pero al menos necesitaban hallar un punto de partida con el que seguía adelante.

La Orden Interior número 218 sección G de los servicios secretos decía:

«Será inmediatamente propuesto para el ascenso y recibirá una recompensa especial de cien mil dólares el agente que logre identificar el almacén general del Plan K.». Nada más que esto.

Aparentemente incomprensible.

Un agente novato hubiese tenido que ir a los archivos secretos para saber qué era el Plan K. Un agente muy veterano y de la máxima confianza habría sabido de inmediato que el Plan K consistía en una nueva arma, mejor dicho en el desarrollo de una nueva arma que podía proyectar numerosos rayos Láser a la vez. Aquel infalible «rayo de la muerte» podía matar a través de las paredes, destruir las fortificaciones más sólidas, pulverizar tanques y aviones y, repartidos los rayos como permitía la nueva arma, destruir en unos segundos los puntos vitales de las ciudades enemigas.

«¿Pero todo esto no puede conseguirse con nuestros cohetes nucleares? —había preguntado cierta vez el presidente de Estados

Unidos a uno de sus consejeros—. ¿Para qué más gastos? ¿Para qué más investigaciones inacabables que nos llevarán al mismo sitio del que hemos salido?».

El consejero le había contestado que eso no era cierto.

Por una sencilla razón.

Los cohetes nucleares no pueden ser lanzados por el momento desde una base situada por ejemplo en un satélite lunar.

Los rayos Láser sí.

Era por consiguiente el camino hacia un arma total, un arma definitiva que aseguraría el predominio de Norteamérica en el mundo. No porque pensarán usarla, sino porque sus competidores sabrían que la tenían. Y en consecuencia se cuidarían muy bien de no provocar situaciones límite.

Desgraciadamente la historia del mundo moderno se está escribiendo así. Sólo puede imponer su criterio el que sabe que tiene al menos tantas armas como su opositor. China ha acabado siendo admitida en la ONU porque tiene bombas nucleares. Los Estados Unidos no han empleado artefactos de esa clase contra el pobre pueblo de Vietnam porque saben que rusos y chinos podrían emplearlas también contra los satisfechos banqueros de Wall Street. A su vez, rusos y chinos se mantienen en una postura respetuosa porque saben que cada uno de ellos podría dirigir contra el otro una represalia terrible. El «equilibrio del terror» no ha desaparecido ni mucho menos: al contrario, es uno de los que deciden la situación diplomática de nuestro mundo.

Y he aquí que Estados Unidos parecían encontrarse de pronto en posesión de un arma nueva, de un arma total que ninguno de sus rivales había conocido.

Todos estaban al corriente por supuesto, de los avances en materia de rayos Láser.

Pero su uso múltiple con fines bélicos y desde bases interplanetarias, era todavía un secreto. Un secreto que sólo se dominaba en Washington.

Sobre todo si para ello bastaba con una máquina de poco peso que podía ser transportada en una cápsula convencional como las que se emplean para los viajes a la luna. Eso significaba que el curso de la Historia y de las relaciones entre los grandes bloques podría cambiar. En muchas cuestiones podría darse, por ejemplo,

«jaque mate» al bloque oriental sin disparar ni un tiro.

Por eso el presidente de Estados Unidos había autorizado que se trabajase en la nueva arma.

Y así había nacido el Plan K.

Inicialmente en el mismo trabajaron sólo dos hombres, dos ingenieros que eran los encargados de construir la máquina. La teoría sobre aquel uso del rayo Láser la conocía bastante gente, pero en la práctica surgían dificultades casi invencibles que sólo dos hombres tan formidablemente preparados como aquéllos podían vencer. Durante un año trabajaron absolutamente solos en un laboratorio secreto de Nevada.

Y entonces ocurrió lo increíble.

Entonces el Plan K empezó a complicarse hasta extremos diabólicos, que en un principio produjeron vértigo a los agentes que intervinieron en él.

Entonces empezó a convertirse en el rompecabezas satánico que en estos momentos era.

Después de un año entero de trabajo, sin apenas contacto con el exterior, los dos ingenieros que trabajaban en las máquinas aparecieron muertos en su laboratorio secreto de Nevada.

Era grotesco.

Se trataba de una situación casi irreal.

Dos hombres magníficamente pagados. Dos hombres que llevaban a cabo una tarea obsesionante y de alto valor científico. Dos hombres que tenían satisfechos los menores caprichos personales y que podían llegar a las altas cumbres del dinero, de la ciencia y hasta de la política. Sólo les faltaría durante su vida la libertad, pero la libertad puede sacrificarse ante ciertas cosas.

Y sin embargo, estaban muertos.

Pero no era eso lo más extraño, lo más incomprensible y hasta lo más diabólico. La habitación en que aparecieron muertos estaba cerrada por dentro.

Nadie había entrado allí.

Y la máquina en que trabajaban... ¡La máquina había desaparecido! ¡Era como si se la hubiese tragado el aire!

Ésta fue la primera y decisiva complicación del Plan K.

Lewis Moser fue llamado desde Reikiavik a Washington. Lewis

Moser era un jugador norteamericano de ajedrez que tenía categoría de «gran maestro» y que había estado a punto de desbancar a Fisher en el torneo de aspirantes para la corona mundial. Moser había llegado a ganar incluso al gran maestro Petrosian. Pero Fisher se impuso al fin, y ahora Lewis Moser quién tenía otras cosas en que pensar, era uno de sus consejeros técnicos en el campeonato con Spassky.

Poca gente sabía, sin embargo, que Lewis Moser no era sólo un gran jugador de ajedrez.

Lewis Moser poseía un cerebro frío, analítico, implacable. A sus ojos no escapaba nada. Medía los hechos por milésimas de segundo. Hasta el detalle más mínimo e impalpable lo sometía a análisis. Cuando había algo que parecía insoluble, los técnicos del Servicio Secreto decían:

«Llamad a Moser».

Y Lewis Moser fue llamado esta vez. Desembarcó en Boston una fría mañana de setiembre y tomó otro avión hacia los desiertos de Nevada. Unas horas después penetraba en el laboratorio donde se había desarrollado el primer drama del Plan K.

Los cadáveres de los dos técnicos aún estaban tal como fueron encontrados.

Llevaban tres días así.

Y los cuerpos hubieran empezado a descomponerse, convirtiendo aquello en una escena de pesadilla, de no ser porque en la habitación se había creado una atmósfera auténticamente inhumana. Potentes aparatos refrigeradores hacían que aquellos metros cuadrados tuviesen la temperatura de un *igloo*. Al entrar allí se le helaba a uno la sangre. En las fosas nasales de los dos muertos habían empezado a cristalizarse unas finísimas partículas de hielo.

—Esperábamos que viniese, Moser —dijo Anderson, uno de los más altos jefes de la CIA—. Usted es uno de nuestros mejores hombres y no hemos querido tocar nada hasta que lo viera. Todo está tal como lo encontramos. Los expertos han dado ya un informe, pero necesitamos saber si usted opina lo mismo.

Moser echó una rápida ojeada al patético cuadro.

—¿Cuáles son los problemas? ¿Qué incógnitas son las que tengo que despejar? —preguntó, como un matemático ante la pizarra.

—En primer lugar, cómo se produjo esta doble muerte. El

laboratorio está vigilado día y noche por hombres y por perros en números iguales. Seis hombres y seis perros en ronda continua. Todos los vigilantes han sido detenidos y en principio son sospechosos.

—Comprendo. ¿Qué más?

—Lo asombroso, lo realmente increíble está en la desaparición de la máquina. No puedo ocultarle ahora, Moser, que estos dos ingenieros trabajaban en un proyecto que hubiera permitido el lanzamiento de numerosos rayos Láser, como una especie de abanico que abarcara todo un país, desde el espacio sideral. La teoría la conocen bastantes científicos, pero estos dos hombres habían dado con un sistema para llevarla a la práctica. La máquina que construían era relativamente sencilla y hubiera podido ser transportada en una cápsula interplanetaria convencional. Por fuera tenía el aspecto de un telar pequeño. Incluso entre ellos la llamaban «la tejedora». Eso le dará idea de que se trataba de un artefacto relativamente sencillo y de un tamaño medio, que una vez desmontado podía ser transportado en una o dos cápsulas.

—Comprendo. ¿Pero habría unos planos, no?

—Claro que los había. Para mayor seguridad y para evitar dispersiones, todo estaba en una sola hoja de papel.

—¿Y dónde está esa hoja?

—Ha desaparecido.

Moser supo leer el pensamiento en los ojos de Anderson, el alto jefe de la CIA: «Alguien se la ha llevado y en estos momentos quizá esté en el Kremlin o en la Ciudad Prohibida de Pekín. Eso es lo terrible».

Pero Moser había movido la cabeza negativamente.

—Si alguien robó los planos, ¿para qué necesitaba además la máquina?

—Quizá porque estaba construida ya en parte y *sólo* le faltaban pequeños detalles. Pero lo absurdo es que no ha podido salir de aquí si no es con la colaboración de los guardianes.

Por eso están todos detenidos.

Moser seguía moviendo negativamente la cabeza.

Miraba a los muertos, sólo a los muertos.

Eso era lo único que le llamaba la atención.

—¿Se ha fijado, Anderson? —murmuró—. ¿Se ha fijado, en sus

caras? Ha sido una suerte que los conservaran así, amigo mío. Una gran intuición y una gran suerte.

—¿Por qué dice eso?

—Porque sus caras reflejan felicidad. ¿Es que nadie se ha dado cuenta?

Éste fue el otro detalle incomprensible del Plan K. Dos hombres que habían atravesado las fronteras del Más Allá con caras tan alegres como si se estuvieran corriendo una juerga. Nadie, ni el propio Moser, podía entenderlo.

Lewis Moser había pedido qué se hiciera la autopsia a los muertos. Y el contenido de sus estómagos reveló algo en principio absurdo e increíble:

Ellos mismos se habían tragado el plano de la máquina. Lo habían partido en dos trozos y se lo habían engullido, pareciéndoles un sistema más seguro para destruirlo que prenderle fuego. O quién sabe si les había parecido un sistema más simbólico.

Ésta era una cosa que nadie había imaginado. Sólo Lewis Moser dio con ella, partiendo de una cosa tan sencilla como eran las expresiones alegres de los dos muertos.

La segunda conclusión, en cambio, fue más sencilla aún, puesto que los expertos ya habían llegado a ella.

Ambos ingenieros se habían matado uno al otro.

Algo asombroso por lo absurdo. Una especie de doble suicidio.

Situándose frente a frente y de modo que no pudieran fallar, habían disparado los dos al mismo tiempo. Los dos al corazón. Una sincronización perfecta e instantánea, tratándose de dos ingenieros, no había sido difícil.

Los dos habían muerto fulminantemente.

Pero a continuación venía el tercer problema.

Éste sí que no lo entendía nadie.

El problema era:

¿Dónde infernos estaba la máquina?

Ni que se la hubiera llevado el diablo.

Ni que se hubiera disuelto en el aire.

Pesaba cinco mil kilos.

¡Y cinco mil kilos no se esfuman así como así!

En ese aspecto los técnicos de la CIA no habían llegado absolutamente a ninguna conclusión, excepto a la más elemental:

los guardianes del laboratorio secreto estaban conjurados y se la habían llevado después de desmontarla, vendiéndola a peso de oro a una potencia extranjera.

Por eso estaban todos detenidos.

Por eso se les interrogaba día y noche.

Por eso se les amenazaba con ejecutarlos «por accidente» en un calabozo, sin llevarlos ni siquiera ante un tribunal.

La noche en que se terminaba la autopsia, Anderson, el alto hombre de la CIA, se volvió a reunir con Lewis Moser en un departamento de un lujoso hotel de Las Vegas, el Sand. Todos los millonarios de Estados Unidos parecían haberse dado cita allí aquel fin de semana. Las calles relucían de coches último modelo. Las mujeres más hermosas y más apetecibles pululaban por los casinos. Los mejores artistas actuaban allí, desde Barbra Streissend a Frank Sinatra. Los millones corrían sobre los tapetes verdes como si los dólares se hubieran convertido en centavos y nadie los quisiera.

Sin embargo, la reunión entre Anderson y Moser no podía ser más triste. Lewis Moser ensayaba una nueva apertura en un tablero de ajedrez cuando Anderson entró. Su única pregunta fue:

—¿Ya han cantado los guardianes?

—No. Juran y perjuran que no saben nada y no se han enterado de nada.

—Pues entonces déjelos —ordenó tranquilamente Moser.

Anderson le miró con asombro.

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco? ¿O necesita que le haga subir urgentemente un *whisky* con vitaminas?

—No. Déjelos libres.

—Insisto en que se ha vuelto loco.

—Es curioso —susurró Moser—. Con esta apertura, en cuatro jugadas se podría producir un mate, pero a condición de llamar la atención del otro con una apertura secundaria.

—¡Déjese de tonterías! ¡Sus malditos problemas de ajedrez me importan menos que una botella vacía!

—¿Y por qué? El ajedrez es como la guerra o la vida, Anderson. Usted se está fijando en la apertura secundaria y no se da cuenta de que el peligro está en esa otra apertura que le parece marginal, pero que no lo es. La máquina no se la llevaron los guardianes, que son del todo inocentes.

—¿Pues entonces quién? ¿El diablo? ¿O desapareció sola?

—Desapareció sola.

—Je, je... No diga tonterías. No me venga con historias fantásticas. ¿Los dos ingenieros provocaron una explosión atómica en su laboratorio para que la maquinita volase? ¿O emplearon contra ella sus propios rayos Láser, que no dejan rastro de materia?

De pronto Anderson se estremeció. Aquélla podría ser una explicación, una explicación a la que había llegado por azar y sin darse cuenta.

Pero Lewis Moser negó con la cabeza.

—¿Cuándo salían esos dos hombres? —musitó.

—Pues... pues... nunca. ¿Por qué?

—Lo pregunto solamente por saberlo. ¿No iban ni siquiera al cine?

—Se les pasaban en privado las películas que ellos pedían.

—¿Viajes?

—Ni hablar. Se pasaban el tiempo en el laboratorio.

—¿Mujeres?

Moser lo había preguntado con aparente indiferencia, pero en realidad no era así. Sabía que aquella pregunta era clave, y un segundo después se dio cuenta de que acababa de acertar en la diana. Anderson se estremeció.

—Bueno —musitó—, yo era el encargado de sus relaciones con el mundo exterior. Quizá el único fallo que tuve fue éste.

Moser insistió:

—¿Mujeres?

—Ambos eran bastante aficionados a las faldas. Fue lo único que me pidieron.

—¿Qué le pidieron exactamente, señor Anderson?

—Les gustaban las artistas, las grandes estrellas. Es decir, las *vedettes*. Mujeres de esas que parecen prohibidas a todos los mortales.

—¿Usted se las proporcionaba?

—No he caído tan bajo, Moser. Un agente secreto tiene que hacer mil guarradas, pero todavía no he servido de alcahueta. Sólo les daba dinero, mucho dinero para que deslumbrasen a esas damas con joyas y regalos. Usted regale un brazalete de esmeraldas a una *vedette* y verá lo que pasa. Bueno, pues eso hacían ellos. Le han

costado al Gobierno más dinero que una guerra. Pero me sabía mal hablar de eso puesto que los dos, al fin y al cabo, están muertos.

—Debió decírmelo, señor Anderson; era un detalle importante, y además supongo que ahí está la clave de todo. ¿Le resultaron muy mujeriegos esos dos individuos?

—Demasiado.

—¿Con quién se liaban?

—Uno de ellos con dos hermanas gemelas que actuaban aquí, las Belle Sisters; otro con una *vedette* sensacional que hacía temporada en Tucson. Y, por fin, el de las dos hermanas se lió también con una golfa de *strip-tease*, pero eso sí, de excepcional categoría, una damisela fuera de serie, que enloquecía a la gente en Reno.

Cada semana me pedían permiso para ir a visitar a sus respectivas amantes.

—Excesivo, ¿no? —musitó Moser.

—¿Por qué dice eso?

—Ya no eran tan jóvenes. Pasaban de los cincuenta. ¡Ah! ¡Fíjese! Con esta otra apertura, se podría llegar a un mate en ocho jugadas.

—¡Envíe al diablo ese tablero! ¡Ya estoy harto de su maldito ajedrez! ¡Y ya sé que usted era un técnico de Fisher! ¡Ya sé que esos campeones tienen un verdadero equipo de profesionales que, mientras ellos duermen, les estudian durante la noche todas las combinaciones de las partidas que han quedado aplazadas a medio jugar! ¡No hace falta que me meta una reina por las narices! ¿Qué tienen que ver esas mujeres con la desaparición de la máquina?

Moser siguió imperturbable.

Movió un alfil.

—¿Viajaban esos dos hombres en avión? —susurró.

—No.

—Es raro, ¿verdad? Porque, aunque ni Tucson ni Las Vegas ni Reno están lejos del sitio en que trabajaban los dos, viajando en avión podían haber aprovechado mucho más el tiempo.

—Tenían pánico a los vuelos. Me lo dijeron cuando empezaron todos esos líos de faldas.

Lewis Moser movió un caballo y luego hizo un gesto desaprobatorio porque se había equivocado en la jugada.

—Es raro —dijo—. Más raro cada vez. ¿No recordó usted que al menos uno de ellos era ingeniero aeronáutico? ¿Y que durante un

tiempo fue nada menos que piloto de pruebas de la *Douglas*?

Anderson se estremeció porque se dio cuenta de que aquel detalle podía tener importancia. Pero la verdad era que hasta entonces no se había fijado en él. Pensaba que hasta un viejo piloto de pruebas puede acabar teniendo miedo a las alas, precisamente por lo mucho que sabe de aviones. Pero ahora se daba cuenta de que Lewis Moser imprimía al asunto un giro de ciento ochenta grados.

—Supongo que llevarían equipajes —musitó el jugador.

—Pues... pues, sí. Era lógico. Una maleta cada uno.

—No les registraban...

—¿Cómo les íbamos a registrar? —musitó Anderson—. Sí, ya sé lo que usted piensa. Que precisamente la CIA, y en especial en los malos años del senador McCarthy y el gran jefe Dulles[1], no se portó demasiado bien con los investigadores norteamericanos. Que el mismo Oppenheimer, padre de la bomba atómica, fue llevado ante un tribunal[2]. Pero eso ya pasó, y justamente ahora queremos ser muy respetuosos con los investigadores que trabajan para nosotros. Nunca olvidaremos que fue un investigador desengañado de nuestros métodos el que prácticamente ofreció la bomba atómica a los chinos. Por eso mismo, ¿cómo íbamos a registrar a dos hombres de tanta categoría?

Moser no volvió a tratar más de aquello. En su cerebro era una jugada que ya estaba resuelta. Se limitó a musitar:

—¿Sabe por qué no viajaban en avión y perdían inútilmente el tiempo en trenes y coches?

—¿Por... por qué?

—Porque el avión es el único medio de transporte en el que se controla el peso de los equipajes: veinte kilos en clase económica y treinta en primera clase. Y los equipajes de esos hombres, que teóricamente partían para sólo un fin de semana, pesaban al menos cincuenta kilos cada uno.

Anderson abrió mucho la boca.

Iba a beber un sorbo de *whisky*, pero no se atrevió. Depositó el alto vaso sobre la mesa.

Sentía que su frente se perlaba de gotitas frías de sudor.

Más abajo, mucho más abajo, a sus pies, desfilaba la incesante, la multicolor vida nocturna de Las Vegas. Las máquinas tragaperras

funcionaban incesantemente. Las «conejos» de los *Play Boy Clubs* sonreían a los clientes a marchas forzadas. Las camareras de los casinos casi corrían para servir bebidas y más bebidas a las mesas[3]. Muchas damiselas en apariencia respetables se rendían a las caricias de sus galanes en las *suites* de lujo. Las fortunas se ganaban y se perdían sobre los tapetes verdes. Las Vegas era un prodigio de luz, de animación, de vida, de entusiasmo.

Y sin embargo, nunca a Anderson le había parecido aquélla una ciudad tan muerta.

Con tanta basura concentrada en ella.

Sentía frío hasta en la médula de los huesos.

—¿Es posible? —musitó—. ¿Es posible que ellos mismos se llevaran la máquina por piezas, después de desmontarla, y se la entregaran a esas cuatro mujeres?

—No lo sé —susurró Moser, después de mover otra pieza—. Eso tiene que averiguarlo usted. Por cierto, me he equivocado otra vez. Con esta posición que tengo ahora, me podrían dar mate en cinco jugadas...

Y no volvió a mirar a Anderson.

Ni falta que hacía.

Anderson ya había salido disparado hacia el teléfono. Necesitaba saber dónde estaban aquellas cuatro mujeres. Pronto lo averiguó.

No en vano los ficheros de la CIA figuraban entre los mejores del mundo.

Las Belle Sisters estaban en París.

La *strip-tease* de Reno estaba en Nueva York.

La *vedette* de Tucson estaba nada menos que en Beirut.

Pero hacía falta atraparlas enseguida. Las distancias no importaban.

Comenzó entonces una de las cacerías más apasionantes y rápidas del mundo. Una cacería en que las piezas eran cuatro mujeres que habrían vuelto locos, aunque fuera en sueños, a millones de hombres.

Sin que sus pobres esposas, que dormían al lado, tuvieran la menor sospecha.

CAPÍTULO II

PARÍS, NUEVA YORK, BEIRUT

Las Belle Sisters salieron de la pista rodeadas por una ovación atronadora.

Los discos de luz aún las persiguieron unos instantes, mientras desaparecían hacia el pasillo de los camerinos. Si tenían un éxito arrollador en París, donde no resulta fácil triunfar, era porque verdaderamente parecían dos ingenuas. Y a su modo lo eran. Cuando, antes del *strip-tease* final aparecían en la pista vestidas de colegiales, la gente se derretía. Sobre todo los que ya contaban los cincuenta.

Entraron en su camerino corriendo. Se sentían cansadas aquella noche y no sabían bien por qué. «Vestidas» solamente con la piel que les habían dado sus madres, las dos mellizas suspiraron con desaliento como si hubieran hecho una larga carrera juntas.

París las cansaba. No sabían por qué. Quizá era el aire, quizá era el humo que flotaba sobre la gran ciudad, quizá era la gente.

Había momentos en que añoraban el aire de Las Vegas, aquel aire seco, limpio y transparente que llegaba desde el centro del desierto.

Nat, la mayor —mayor solamente por unos minutos— se aplicó con movimientos maquinales la crema desmaquilladora.

—¿Cansada, Nancy?

—Mucho. Menos mal que la semana que viene volvemos a Estados Unidos.

—Pues aquí estamos ganando buen dinero...

—Sí, pero no sé qué me pasa. Esto me abrumba, me revienta...

Nancy pasó al cuarto de baño contiguo y abrió el grujo de agua caliente en la bañera para relajarse un rato en ella. Oyó canturrear

a su hermana; que seguía ante el tocador.

—Nancy...

—¿Qué?

—¿Has inclinado tú ese cuadro? El del paisaje que hay a la derecha.

—¿Yo? ¿Y por qué voy a inclinar un cuadro? ¿Crees que estoy para perder tiempo en eso?

—Pues ha debido ser la mujer de la limpieza. ¡Qué mal gusto tienen! QUITAN el polvo y ya no piensan en nada más. El paisaje hace un efecto desastroso.

—En vaya cosa te has ido a fijar, Nat. Como si no tuvieras que pensar en otros problemas.

Nancy tocó el agua.

Estaba tibia y a su gusto. El líquido ya había llegado en la bañera al nivel que ella deseaba.

Se sumergió.

Exhaló un suspiro de alivio.

El agua tibia parecía limpiarla de toda la pesadumbre de aquel trabajo, de todas las miradas viscosas que dejaban como una mancha en su piel.

No vio la mano.

No vio aquellos dedos que surgían desde detrás de la cortinilla hasta que los tuvo materialmente encima. No le quedó tiempo ni para gritar.

La mano parecía una zarpa de acero. Tenía una fuerza inhumana. Se clavó sobre su nariz y su boca y le cortó la respiración mientras le hundía la cabeza en el agua.

Nancy trató de chapotear.

Sus ojos estaban desencajados.

Sus manos se sujetaron febrilmente a los bordes de la bañera.

Los dedos que la sujetaban y la empujaban hacia abajo no cedieron. Y en la otra mano sonó un suave y siniestro SSSSSGGGG al abrirse una navaja barbera.

En aquel momento Nat decía desde la otra pieza del camerino:

—¡Cómo chapoteas, hija! ¡Menudo ruido haces! ¡No hay para tanto...!

La hoja de acero se hundió en el agua tibia.

En la piel perfumada.

La sangre surgió como un chorro espeso, incontenible, un chorro escarlata que casi embriagaba.

Los ojos de Nancy seguían espantosamente abiertos.

Ya no sentía nada.

No se daba cuenta de que sus piernas seguían chapoteando rítmicamente mientras perdía las fuerzas.

Nat se puso en pie al fin, abandonando su puesto frente al tocador.

Ella también quería ducharse. Y le molestaba ya el ruido que su hermana melliza estaba haciendo.

Atravesó el umbral del cuarto de baño.

Y de pronto se detuvo.

Sus ojos estaban terriblemente desencajados. Sus manos arañaron inútilmente el aire.

El espectáculo que ofrecía la bañera era aterrador. Aquel océano rojo del que emergía la cabeza de Nancy resultaba, alucinante.

Pero no se veía a nadie.

Ni nada.

O tal vez sí...

Nat estuvo a punto de lanzar un grito, pero ni eso pudo. Sus ojos hipnotizados se clavaron en aquella navaja barbera que estaba a un lado del lavabo, aquella navaja tinta en sangre.

Quiso retroceder.

Sus piernas la obedecieron con demasiada tardanza. Sus músculos estaban agarrotados por el miedo.

Y de pronto las manos cayeron sobre ella.

Eran como dos zarpas de acero. Eran como dos garfios que la empujaban fatalmente hacia la sangre.

La sangre...

Ahora sí que Nat gritó, pero una de aquellas manos de acero le tapaba enteramente la boca. Ningún sonido brotó al exterior.

Su cuerpo fue arqueado, empujado, hundido.

La empujaban fatalmente hacia el agua de la bañera.

Hacia aquel océano rojo.

La cabeza de Nat se sumergió en él. Hubo como un gorgoteo trágico. Las manos le soltaron la cara, pero empujaron implacablemente su nuca.

Nat no se atrevió ni a gritar porque hubiera bebido la sangre de

su hermana.

La sensación que en este momento la dominaba era tan espantosa que anheló morir. Sus dedos arañaron el aire.

Luego tuvo un espasmo.

Luego nada...

Las manos la soltaron poco a poco, pero manteniéndole la cabeza bajo el agua. Por fin el hombre que las había asesinado a las dos retrocedió poco a poco hacia el camerino. Nadie le había visto. Nadie sospechaba la tragedia que acababa de ocurrir allí. En la cercana pista, la gente aún aplaudía entusiasmada.

Una artista polaca entonaba bajo los focos una canción en la que se decía que todos los hombres eran unos cerdos. Ya los hombres que abarrotaban la sala, eso no les disgustaba. Lo de que las verdades ofenden, no debe ser siempre cierto.

Lucrecia Borgia, llamada así por lo bien que se quitaba los vestidos de época a sus *fans* les gustaba que sólo los llevara puestos un rato, conducía ahora su «Corvette» deportivo hacia la casa con jardín que tenía alquilada cerca de Coney Island. Nadie hubiera dicho viéndola que era una artista frívola y que se había especializado además en llevar —y en quitarse— vestidos del Renacimiento. Ahora lucía simplemente una blusita y unos elementales *blue jeans*, aparte de unas sandalias. Con los cabellos al viento, parecía una universitaria rica que sale de una clase nocturna.

Eran sólo las nueve de la noche.

Habían terminado los ensayos antes de la presentación en Nueva York. Al día siguiente estrenaría la revista en uno de los locales de *burlesque* más cotizados de Manhattan.

Pero estaba cansada.

Los ensayos no le gustaban. Ni los creía necesarios. Total... ¡para lo que ella tenía que hacer...!

Detuvo el «Corvette» ante el jardín de la casa.

Le extrañó que aún hubiese luz en el interior, pues a aquella hora la asistenta ya debiera haberse marchado. Aunque quizá se había quedado distraída mirando la televisión.

Lucrecia Borgia se encogió de hombros y avanzó hacia la puerta.

Puso la llave en la cerradura.

Fue a girar.

Y en aquel momento sintió el frío espantoso en sus entrañas, en sus venas, en sus huesos.

No se dio cuenta de que un fino y agudo estilete se había clavado en su nuca.

Jamás llegaría a saberlo.

Sus rodillas se doblaron. Sólo unas notas de sangre saltaron al espacio negro del jardín. Intentó desesperadamente pulsar el timbre de

«ding-dong»,

pero ya no pudo.

Cayó sobre la hierba.

El hombre que la había asesinado por la espalda corrió hacia la cancela aun a riesgo de hacer ruido, olvidando las precauciones más elementales. Cualquiera hubiese dicho que era un asesino aficionado que se horrorizaba después de su primer crimen.

Y sin embargo, no era un aficionado. Era, por el contrario, un hombre perfectamente frío, calculador, dueño de sí mismo, acostumbrado a valorar por anticipado cada uno de sus gestos.

Pero ahora había sonado un trueno.

La tempestad estaba encima.

Los relámpagos cada vez más rápidos se sucedían sobre Coney Island.

Y a aquel hombre le asustaban las tempestades. Eran una de las pocas cosas que en este mundo no podía soportar.

La asistenta, que estaba en uno de los pisos superiores, llegó a verle. Pero pensó que era alguien que había acompañado a Lucrecia Borgia y que corría hacia el coche para guarecerse de la lluvia.

Un rayo le iluminó perfectamente, nítidamente, mientras él cometía la imprudencia de volverse.

—Vaya, pues éste es guapo... —dijo la asistenta—. Todos los que la acompañaron la semana pasada eran una birria...

A partir de la Plaza de los Mártires, o de la Independencia, comienza la vida animada de Beirut. Los bazares con alfombras, con pedrerías, con marfiles, con artesanía en plata, se suceden unos a otros mezclados a bares de cristales opacos en cuyas puertas hay una discreta plaquita en las que se recorta simplemente una figura

de mujer. Un bromista hubiera podido decir que allí está la entrada de un lavabo para señoras, pero no se trata de eso ni mucho menos. Los *connaisseurs* de la vida nocturna de Beirut, en especial los siempre hambrientos árabes, saben lo que pueden encontrar allí.

El hombre que acababa de descender de un aparato de la Air India en el magnífico aeropuerto de la capital, atravesó la plaza, viniendo del suntuoso hotel Fenicia y se hundió en las calles más abigarradas cada Vez, como un paseante más que buscara un buen negocio en un bazar o quién sabe si el placer de una noche.

No le importaba que le vieses.

Nadie se fija en nadie en un sitio como Beirut.

De todos modos entró en varios bazares de los que tienen dos puertas, para despistar si alguien le seguía, y llegó, torciendo hacia la derecha, al gran paseo marítimo donde antaño lucía sus uniformes lo mejor de la oficialidad colonial francesa. Ahora había mucho tráfico allí. Los coches rodaban a velocidades suicidas, no respetaban las preferencias de paso y sus conductores no entraban en docenas en el paraíso quizá porque el misericordioso Alá los consideraba todavía indignos de él.

Aquel hombre miró un pequeño y blanco chalet de los que bordeaban el paseo. En otro tiempo, cuando Siria pertenecía al imperio francés —en los tiempos de la *grandeur* de verdad— allí debían haber vivido altos funcionarios enviados por París. Ahora vivía, rodeada de hombres, de ramos de flores y de regalos costosos una artista frívola.

El recién llegado a Beirut saltó en silencio el pequeño seto vivo del jardín y se apostó junto a una de las paredes. Conocía bien el plano de la casa porque no había estado estudiando en Nueva York, después de matar a Lucrecia Borgia. Él era un hombre metódico, frío, implacable, al que sólo sacaban de quicio dos cosas: las tempestades y los cuadros colocados de forma demasiado simétrica.

En la planta baja vivían dos sirvientas árabes.

Dos chicas procedentes del interior, dos muchachas de esas que salen baratas, pero a las que hay que pegar con un látigo para que se laven la cara.

Arriba debía estar la artista. Con un huésped, seguro.

Beirut es un sitio donde hay tantos árabes ricos y tan hambrientos de carne fresca, que una artista bonita tiene que

emigrar o ganarse un sobresueldo aunque no le plazca.

El hombre trepó poco a poco por la parte posterior de la fachada, pegándose a los relieves de ésta. Tenía la agilidad de un simio. El silencio de una serpiente. La astucia de mi puma.

Llegó hasta la ventana desde la que partían unas voces quedas y unas suaves risas.

Miró por entre los visillos.

Resultaba difícil abrir, pero con lo que vio ya tuvo bastante.

Vaya con la niña.

Era una artista en todo.

Y al árabe que la acompañaba había que dejarle sólito. También era un «ingenuo» que estaba «aprendiendo».

Se deslizó por un hueco inverosímil, hacia el cuarto de baño contiguo. Pero el hombre era delgado, fibroso y con una elasticidad de goma. Cayó sobre una alfombrilla sin hacer ruido.

Y sacó el cuchillo.

Ahora las risas se oían desde más cerca.

El hombre pensó que tendría que matar a dos personas en lugar de una.

Pero eso no le impresionaba demasiado.

Mejor para el árabe. Así entraría de cabeza en el paraíso de Alá.

Se deslizó suavemente hacia el dormitorio.

La artista llegó a verle.

No distinguió el cuchillo. Y como el recién venido tenía las facciones impasibles, no llegó a imaginar que iba a hacerle el menor daño.

Curiosamente, lo primero que pensó fue: «Vaya, pues es guapo... Qué diferencia de este otro cerdo que tengo aquí...».

Hasta sonrió con un gesto de disculpa como si le dijera: «Tendrás que esperarte un poco, guapo...».

De pronto vio el cuchillo.

Ni siquiera se dio cuenta de lo que sucedía.

El árabe sí.

El árabe lanzó un chillido de rata acorralada mientras intentaba volverse y saltar al suelo.

No tuvo tiempo de nada.

El cuchillo se le hundió en la nuca y le produjo la muerte instantánea. El hombre que lo manejaba era tan experto que le

bastaba un solo y suave golpe para matar. La muchacha se llevó ambas manos a la boca, sintiendo que no podía gritar porque hasta para eso le faltaban las fuerzas.

El cuchillo trazó una línea suave, certera, como un golpe de bisturí. Fue una herida tan perfecta que ni siquiera resultó dolorosa.

La chica quedó con los ojos terriblemente abiertos.

Mirando hacia el techo.

Sin poder moverse.

Oyendo todavía, mientras se desangraba, los mil sonidos desacordes de la noche alegre de Beirut.

El hombre que acababa de matarla torció un poco un cuadro que había en la pared y que representaba a una preciosa hurí tendida en la cama. Luego susurró:

—No podrás quejarte. He venido desde Nueva York en primera clase sólo para ver si tenías la sangre azul, muñeca. Pero no la tienes...

CAPÍTULO III

UNAS PISTAS EN EL MAS ALLÁ

Lewis Moser tuvo que apartar casi a codazos a los funcionarios árabes de la Morgue de Beirut que corrían tras él y le tendían las manos mientras exigían furiosamente:

—¡Propina! ¡Propina! ¡Propina...!

No eran sólo los desgraciados quienes se la pedían. No eran solamente los miserables *fellagahs* que se dedicaban a limpiar los pies a los muertos. También el director del establecimiento se la pedía. Y también el director escupió ostentosamente al suelo, como los otros, mientras gritaba:

—¡Que Alá deje pudrir tus huesos en el desierto! ¡Y que tu carne corrompida sea comida por los cerdos!

Lewis Moser no hizo demasiado caso.

Sólo se volvió cuando un funcionario se lanzaba sobre él gritando todavía:

—¡Propina!

Lewis Moser disparó la derecha.

—Toma propina, macho.

El guantazo envió al otro contra la puerta. Lewis Moser entró entonces en el taxi que le esperaba con el motor en marcha, y cuyo conductor contemplaba divertido la escena. Se arrellanó cómodamente y dijo:

—Al Fenicia. Y sin pasar por el paraíso, hermano.

Sabía lo que quería decir.

No tenía el menor interés en pasar a mejor vida.

El taxista libanés fue prudente. Después de todo, no era de los peores. Sólo se metió por dos calles en dirección prohibida, circuló durante cincuenta metros por la acera, se saltó cuatro discos en

rojo, se cargó un tenderete de venta de dátiles y se llevó por delante el guardabarros de otro taxi que hacía lo mismo que él. Los dos conductores, después de ciscarse en todos sus muertos y desear una piadosa y pronta muerte para todos sus vivos, quedaron desafiados a cuchillo para el próximo domingo. Luego, sin más novedades dignas de mención, el taxista dejó a su pasajero sano y salvo en el hotel Fenicia. Y le dijo sonriendo:

—Propina.

Esta vez Lewis Moser no le atizó un guantazo.

Fue generoso.

Dio cuatro dólares al taxista para que se comprara unas gafas y entró, en el hotel.

No estuvo mucho tiempo allí.

Hizo sus maletas, pagó la cuenta y media hora más tarde salía de allí en un autocar de las Líneas Aéreas Libanesas. El avión le dejó en Atenas, tras sobrevolar las islas donde había nacido toda la civilización —y también toda la mala uva— de los países de Occidente.

Desde el aeropuerto fue hasta El Pireo en un taxi y se detuvo en el mercadillo sucio, astroso, donde se amontonan los comerciantes chipriotas, los alfareros cretenses, los quincalleros árabes y los carteristas atenienses. Un mercadillo donde se habla y se maldice en todos los idiomas del mundo. Un sitio donde uno puede comprar bajo mano una pistola turca, una postal de Brigitte Bardot enseñando cosas, una medalla robada en los Juegos Olímpicos o una bata nueva que de todos modos es prudente pasar primero por la Desinfección Municipal.

Y sin embargo, no es mal sitio.

Allí Atenas empieza a ofrecer toda la magia, toda la podredumbre, toda la fascinación, toda la maravillosa basura de Oriente.

Allí vivía el viejo rabino Eilah Jafet, que alternaba la lectura del Talmud con la venta de joyas históricas y la dirección de la oficina de información más curiosa e importante del mundo. Eilah Jafet tenía unos buenos archivos, pero tenía también un teléfono. Y —lo que era importante de verdad— una red de amigos distribuida por todos los rincones del globo, desde las cumbres del Himalaya hasta las charcas del Amazonas. El poder y la sabiduría de Eilah Jafet

llegaban hasta donde los hilos telefónicos, lo mismo a las oficinas de la ONU que a los retretes portuarios de Liverpool.

Conocía muy bien a Lewis Moser.

—¿Qué quieres saber esta vez? —preguntó—. ¿Si Fisher desayunó huevos fritos el viernes de la semana pasada? ¿Si su sillón despedía de verdad ondas magnéticas para aturdir al contrario? ¿O quieres saber algo más frívolo? ¿Quieres saber, por ejemplo, de qué color usaba esta mañana las medias Claudia Cardinale? ¿O cuántas armas tienen acumuladas en sus depósitos secretos los árabes de Jerusalén?

Lewis Moser negó con la cabeza.

Le puso sobre la mesa, junto a unas copias fotográficas de *Los Manuscritos del Mar Muerto*, tres fotografías de mujer.

—Sé de sobras que puedes enterarte de todo, Eilah Jafet —susurró—, pero ahora me interesa una cosa muy concreta. Estas cuatro mujeres han sido asesinadas. Eran artistas frívolas, eran mujeres de esas que hacen la vida agradable a los hombres. Una ha muerto en Nueva York, la otra en Beirut y las dos restantes, que eran hermanas mellizas, en París. En todos los casos he visto sus cadáveres y he podido hacerme con sus documentos personales y sus libretas de apuntes. En Beirut, de todos modos, casi me matan, pese a que llevaba una orden de la Interpol. Sé que las cuatro habían sido amantes de dos excelentes ingenieros norteamericanos llamados Weygand y Topper.

—Oí hablar de Weygand y Topper —dijo el viejo rabino—. Un amigo mío me informó. Se suicidaron en Nevada.

—Sí, eso fue lo que ocurrió, pero antes desmontaron una máquina que valía centenares de millones. Una máquina que podía cambiar la situación política y militar del mundo. No es fantasía. Tú sabes que una simple bomba terminó una guerra.

—Oh, claro... Y también terminó con trescientas mil personas. Fue una especie de propina de esa bomba.

Lewis Moser añadió en voz baja:

—Es posible que los dos ingenieros llevaran a sus amantes las piezas desmontadas de la máquina. No sé qué perseguían con eso, aunque lo cierto es que pudieron hacerlo. Por tal razón no viajaban en avión. Los apuntes de esas tres mujeres muertas contienen numerosas citas con Weygand y Topper, por lo cual no cabe la

menor duda de que se veían. Ahora bien, me he enterado de una cosa asombrosa.

—¿Cuál?

—Ha sido revisando los viejos archivos de la Aviación. Uno de los dos hombres, Topper, era ingeniero aeronáutico y sufrió una herida muy grave, siendo un jovencísimo piloto, en la guerra de Corea. Sencillamente, le diré que quedó castrado. En fin, no podía tener relaciones sexuales con una mujer. Siendo así, ¿para qué se las daba de conquistador? ¿Para qué quería a esas artistas?

El rabino entrecerró los ojos.

—Jehová se vale de extraños caminos —musitó—, pero desde luego reconozco que ese camino no llevaba a ninguna parte. ¿Y el otro? ¿Qué le pasaba a Weygand?

—Me he enterado de que era un hombre profundamente religioso. De ningún modo se hubiera liado con unas artistas de *strip-tease*. Sencillamente, esos dos hombres estaban interpretando una comedia. Parecían dos infatigables mujeriegos y, en efecto, cada fin de semana iban en busca de sus amiguitas para lanzarse al parecer, a frenéticas aventuras. Uno de ellos incluso necesitaba dos hermanas, ya que por lo visto no tenía bastante con una. Vamos, que ni Barba Azul. Ni Casanova. Ni Rasputín. Pero todo era mandanga, todo era una comedia que supongo les hizo sufrir terriblemente. Sobre todo a Weygand, porque parecía romper con los principios religiosos que él sustentó toda su vida.

—Entiendo. ¿Y qué perseguían con esa innoble comedia de las cuatro chicas?

—Todo lo entiendes. Y también eso, rabino de las narices. Sabes que era una comedia para hacer viajes con el único pretexto que se les podía tolerar desde las, alturas del servicio secreto. En cada viajecito entregaban a las muchachas una pieza de la máquina. Llegaría un momento en que la tendrían entera y tranquilamente fuera de la base secreta. Entonces podrían venderla.

—¿A quién?

—No lo sé. Hay sólo cuatro compradores en el mundo para una cosa así, pero dispuestos a pagar lo que sea: Rusia, China, Alemania Federal y Japón. También, si me apuras, los propios Estados Unidos estarían dispuestos a pagar un fabuloso «rescate» por la máquina. Y hasta algún sultán oriental que acariciara el loco deseo de

convertirse de la noche a la mañana en el dueño del mundo.

—Comprendo. Centenares de millones, ¿no?

—Centenares de millones —remachó Moser.

—Y entonces, si ya tenían eso en sus manos, ¿por qué se suicidaron?

Lewis Moser bebió un sorbo de la taza de té verde, muy cargado, que cortésmente le había ofrecido el rabino.

Su derecha temblaba.

No podía evitarlo. Susurró:

—Eso es lo incomprensible, Jafet. Eso es lo que me vuelve loco. Sabes que soy muy meticuloso y he observado todos los detalles. Lo primero que se le ocurre a uno es que se liquidaron recíprocamente durante una disputa. Pero ni hablar. Lo exacto de los disparos indica un acuerdo entre los dos para matarse, un acuerdo que incluso destrozaba los principios religiosos de Weygand. No disputaron, sino que se pusieron de acuerdo. ¿Por qué? ¿Qué era eso tan terrible que les impulsó a una actitud así? ¿Y por qué dejaron una máquina infernal en manos de cuatro mujeres de vida alegre?

—Me temo que eso no podré aclarártelo —dijo el rabino—. Las respuestas que puedo encontrar en el Libro de los Salmos no llegan a tanto.

—Las respuestas que tú puedes encontrar están en ese teléfono, Jafet. Pero no te pido que me aclares eso. Sólo quiero saber si esas cuatro mujeres transportaron a su vez las piezas de su máquina a algún sitio.

—¿En avión?

—No. Los agentes de la CIA ya han comprobado sus billetes de pasaje. Hicieron muy pocos trayectos y en ninguno de ellos estaba consignado un peso superior a dieciocho quilos.

—¿Pues entonces...?

—Quiero saber si hicieron alguna mudanza. Si alquilaron algún camión. Si hicieron viajes en tren sin que nadie se enterara. Si alquilaron o compraron una furgoneta.

—¿Los agentes de la CIA no han podido averiguar eso? Entonces es que los cerebros de Occidente están perdidos, hermano. A vuestros sabios les han dado una patada en el pompis las computadoras.

—Los agentes de la CIA han averiguado que no. Que esas mujeres no sacaron de sus domicilios ni un clavo. Pero quizá lo hicieron tan bien que nuestros expertos no han podido encontrar el hilo todavía. Tú eres mi última esperanza, Eilah Jafet. Si tus informadores dicen también que esas artistas no sacaron nada, me daré por vencido, pero necesito saberlo. El rabino bebió un sorbo de té y meneó la cabeza.

—Mi hija predilecta no ha preparado bien esta bebida —se quejó—. Ahora las mujeres ya no son como las de antes. No aprecian la bíblica leche con miel, sino que aprecian el *whisky*. La condenación del Señor caiga sobre sus malos pensamientos. ¿Pero para qué quieres saber todo esto, hermano? ¿Para qué quieres convertirte en un desdichado pingajo que será vendido a trozos en los mercados de Atenas? ¿No te das cuenta de que, si esas mujeres no sacaron la máquina, te enfrentarás a lo incomprensible? ¿Dónde está la máquina entonces? ¿Se la ha tragado la niebla?

—¿Qué pretendes decir, Jafet? ¿Qué es mejor no saber?

—A veces sí. A veces es mejor pensar que los designios, del Señor son inescrutables.

—Los designios del Señor están demasiado altos para mí, Jafet. Yo soy un vil gusano que se arrastra por el suelo y que se pasa la vida lamiendo las cartulinas de los ficheros de la CIA. Sólo llego hasta ahí. Necesito hacer un informe maloliente para mis malolientes jefes. Si luego se hacen pis encima y me gritan que todo es incomprensible, yo no tendré la culpa.

Pero necesito hacerlo.

—Comprendo. Déjame los nombres y las últimas direcciones de esas mujeres.

—Los tienes detrás de sus fotografías, Jafet.

El rabino suspiró.

—Entonces voy a llamar a mis amigos. Pero todo eso requerirá tiempo. He de hablar por teléfono con limpiabotas, con prostitutas, con rabinos como yo, con *gangsters* de la mafia y con senadores de Estados Unidos. Necesito al menos un día. Vuelve mañana.

Lewis Moser se puso en pie.

—Con tantos amigos, ¿por qué vives tan pobremente, Jafet? —musitó.

—Oh, no lo creas... Gano dinero, pero todo lo envío para el

nuevo Estado de Israel. Y además la pobreza es el mejor remedio contra las tentaciones, ¿no crees?

—Sí, Jafet. Pienso lo mismo que tú.

—Pues dame todo el dinero que lleves encima.

—Hombre... Lo que se dice todo...

Eilah Jafet alzó dramáticamente los brazos.

—Hermano, en tiempo de Alejandro, Atenas era ya una ciudad de hermosas mujeres que conocían todas las artes del amor. En tiempos del divino Pericles, la más alta civilización se mezclaba a la más baja corrupción de costumbres. Las mujeres atenienses seguían siendo la imagen del pecado. Luego vinieron los turcos y enseñaron a esas mujeres lo poco que aún no sabían. Porque tú no puedes entender, hermano, la imaginación que en esas cosas puede tener un turco. Cuando lord Byron se presentó aquí, quedó extasiado ante nuestras poderosas damiselas, que ofrecían el paraíso. Y aunque ahora la Grecia de los coroneles no es la agradable Grecia de los reyes, las mujeres de Atenas siguen siendo tan tentadoras y tan caras como en la época de Alejandro. De manera que suelta la pasta. La pobreza es la mejor medicina contra la corrupción de costumbres.

Moser se quejó.

—Hombre... AL menos para tomar un taxi...

—Nada, nada. A pata.

Lewis Moser empezó a poner billetes sobre la mesa mientras gruñía:

—Cuerno... Con esta táctica, hacer que uno sea un santo no resulta nada difícil...

Volvió al día siguiente.

El rabino acababa de hacer su última llamada internacional.

Con una mano aún sostenía el teléfono. Con la otra acariciaba las páginas de un libro del Génesis. Miró fijamente al joven, atlético y pensativo Lewis Moser.

—Lo inexplicable, hermano —susurró—. Lo siento.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Mi teléfono ha funcionado sin parar desde ayer. Ha habido momentos en que parecía una ametralladora. He hablado con tanta gente que el señor Bell, inventor de estos aparatos, me habrá bendecido desde el Más Allá por el gran impulso que estoy dando a

su negocio. Pero el resultado es tajante: esas tres mujeres no hicieron ningún viaje extra, no alquilaron ningún vehículo, no efectuaron ninguna mudanza. Por tanto no se llevaron ni un tornillo de sus casas. Yo creo que no tuvieron ninguna relación con la pesada máquina de que tú hablas, pero si la tuvieron no se la han llevado luego a ninguna parte.

Moser estaba asombrado.

Era como si se diese cuenta, aterrorizado, de que en una partida de ajedrez para el campeonato mundial iban a hacerle nada menos que el mate del pastor.

Se sentía igual que un niño perdido. ¡Él, un hombre que ya había amontonado tanta experiencia! ¡O que al menos creía tenerla!

—Pero entonces, ¿por qué las veían esos dos ingenieros? —barbotó—. Amigo mío, eso te lo resuelvo enseguida.

—¿Cómo?

—Dame el número de teléfono que tiene Dios Padre y se lo preguntaré.

—No digas sandeces, rabino.

—No son sandeces. Es que, con todos los respetos, no veo otra salida.

—¿Y por qué las han matado entonces? ¿Qué infiernos se ganaba con esas cuatro horribles muertes?

—También te lo resuelvo enseguida. ¿Y si me dieras el teléfono del Espíritu Santo...?

—Jafet, no te burles de mí.

—Lo siento, Moser, no quiero burlarme. Pero todo lo que puedo decirte es que esas mujeres no sacaron de sus casas ni una tuerca.

—Lo comprendo... Gracias, Jafet, me has hecho una gran favor. ¿Cuánto te debo?

—Sólo tu gratitud. Quizá algún día te necesite yo a ti.

—Pero el importe de las conferencias...

—Ya había bastante con lo que te hice soltar ayer

4 Te

quedarías sin dinero, supongo...

—No. Te engañé, Jafet. Aún me quedaba un poco en el bolsillo trasero, del pantalón...

CAPÍTULO IV

BUFFALO: SIGUE EL LABERINTO

El hombre había llegado de las antiguas tierras indias. Había llegado de la región llamada Cheektowaga.

Era lo que se dice un paria.

Un *clochard*.

Un tío que daba asco.

Los pobres de las sociedades opulentas, como la norteamericana, todavía producen una impresión más penosa que los otros, a causa del violento contraste.

Kiwi era de esos tipos que conocen todos los lugares donde le dan a uno una sopa gratuita, todos los albergues nocturnos, todas las instituciones de caridad. Uno de esos fulanos que se saben de memoria todos los bancos públicos confortables del país. Y, por descontado, conocen todos los almacenes de detritus, todos los cementerios de coches, todos los vertederos de basura donde se puede encontrar algo aprovechable.

Esta mañana estaba contento.

Venía de un almacén de chatarra de Cheektowaga.

Hizo *auto-stop* y encontró un camionero compasivo que le llevó en la parte trasera del vehículo, a condición de que no dejara suelta ninguna pulga durante el trayecto. Kiwi lo prometió, puesto que las tenía domesticadas y las conocía muy bien. A la popa del camión entró por la autopista de Broadway y se apeó en la esquina de Séneca Street. Desde allí se veía el Lasalle Park y la famosa Eire Beach, bañándose en las aguas del gran lago. Más allá estaba el Canadá. Docenas y docenas de coches con turistas se dirigían por Niágara Street a contemplar desde el lado norteamericano el espectáculo impresionante de las cataratas.

Muchos de ellos eran tenderos y viejos negociantes.

Gente que había ahorrado céntimo a céntimo toda la vida.

Luego se daban el gustazo de ver las cataratas, de alternar en un bar con una frescales y... ¡hala, a reventar!

A Kiwi le daban lástima.

Él era mucho más listo que todos.

Al menos había hecho lo que le daba la gana desde que nació.

Silbando alegremente, se dirigió por South Park Avenue hacia el pequeño río Buffalo, donde se alzaba una solitaria casa de dos pisos. En la casa se leía: «GRANDES ALMACENES ROBINSON».

Pero aquello no era grande ni era un almacén. Era, sencillamente, una tapadera.

Kiwi, hombre, de mundo, lo había sospechado desde el primer momento, pero no le importaba. Si allí se ocultaba un asunto de drogas o de trata de blancas, no era asunto suyo. A él le pagarían veinte dólares por la cosa tan estúpida que llevaba colgando del brazo derecho.

Entró en el almacén.

Todo estaba destartado.

Un solo hombre le esperaba allí, junto a una pila de sacos vacíos. Era un hombre alto, elegante, de facciones atractivas, que vestía un impecable traje comprado, al parecer, en la mejor sastrería de Londres.

¿Para qué cuernos quería aquel tipo lo que Kiwi llevaba en su brazo derecho?

El hombre susurró:

—Recibí tu llamada. Veo que lo encontraste.

—Sí, amigo. Y no me han cobrado nada por ello. Casi querían darme cincuenta centavos para que me lo llevase.

—Pues a peso de chatarra vale lo suyo.

—Bah... Tres quilos.

—¿Sabes tú por qué una cosa tan grande pesa sólo tres quilos?

—Porque será aluminio, supongo.

El hombre rió quedamente.

—Sí, tal vez sí —dijo.

Y examinó la pieza.

Estaba despintada, pero en perfectas condiciones. No se habían borrado ni los signos en clave que tenía en uno de sus flancos. Kiwi

susurró:

—Bueno, cuando se haga un sombrero con eso ya me avisará. A mí me tiene sin cuidado. ¿Me paga?

—¿Seguro que no había ninguna pieza más, Kiwi?

—Seguro. Usted me prometió veinte dólares por pieza. ¿Cree que no he buscado bien entre los desperdicios? He movido más chatarra que un *bulldocer*, pero sólo había eso.

—De acuerdo. Toma.

Kiwi cobró y luego se llevó la mano a la polvorienta gorra.

—Gracias, amigo. Y ya sabe. A mandar.

Cuando el vagabundo hubo desaparecido, el hombre elegante descolgó el teléfono de pared que estaba en el primer piso. El teléfono era la única cosa que funcionaba allí. Disco un número que le puso automáticamente en contacto con una oficina de Nueva York. Le contestó una voz de hombre, pero muy suave.

—¿Sí?

—Aquí Terrell.

—¿Desde dónde llamas?

—Buffalo.

—¿Todo bien?

—Perfecto.

—¿Qué tienes?

—Una pieza esencial.

—¿Y los otros?

—Siguen buscando.

—¿Sabes que todos los hombres de la CIA andan buscando también? ¿Sabes que no pueden llevar adelante el Plan K?

—Lo imagino.

—¿Vas a trabajar ahí, Terrell?

—Sí. Es un buen sitio.

—¿Cuánto tiempo crees que puedes tardar?

—Depende de los que buscan.

—De acuerdo. Gracias, Terrell.

—Qkey.

Terrell colgó.

La conversación había sido muy breve y muy concisa, pero ya había bastante.

Luego disco otro número de Nueva York.

Le contestó una voz femenina que reconoció enseguida la suya. La voz femenina exclamó con alegría:

—¡John!

—Hola, Marta.

—John, creí que ya no me llamarías. ¿Dónde estás?

—Por ahora en Buffalo.

—¿Cuándo vas a venir a verme?

—Espero que muy pronto. Quizá dentro de un par de días.

—No sabes la alegría que me das, John. Estoy... estoy ansiosa por verte.

—¿Sigue tu padre oponiéndose a nuestra boda?

Una leve tristeza matizó la voz que llegaba desde Nueva York.

—Yo le convenceré, John. Sabes que te quiero desde que tenía quince años. La vida sin ti me parece imposible.

—Claro que lo sé, Marta. Por eso insistiré ante tu padre o nos casaremos en secreto. Y ahora discúlpame. Sólo quería saber si estabas bien, Marta.

Y colgó.

Luego se asomó a la ventana. Miró pensativamente hacia la gran superficie del lago Eire, más allá de la cual se extendían las inmensas llanuras canadienses.

Desde su ventana se distinguían Windmill Point y Crystal Beach, en las costas del Canadá. Pero se distinguían cada vez peor porque se acercaba una tormenta. John Terrell hizo un gesto de disgusto.

Era extraño lo que le pasaba.

Él, un ingeniero.

Él, uno de los hombres con más memoria que existían en Estados Unidos.

Él, un antiguo corredor automovilista.

Él, que había saltado tres veces de un bólide en llamas y al que ya llamaban el Inmortal.

Él, un cinturón negro de judo.

Él, que conocía diez idiomas y todos los países del mundo.

Él, un hombre moderno.

Y, sin embargo, aún tenía miedo de aquello. Aún tenía miedo de las tormentas. Los rayos le sacaban de quicio.

Volvió hacia el interior de la casa.

Había un solo cuadro en el interior, un cuadro que representaba

una vieja factoría y que estaba impecablemente colocado sobre la pared.

Terrell arrugó el ceño.

No le gustaba verlo así.

Lo torció un poco.

CAPÍTULO V

ALBANY: UN ROMPECABEZAS CON SANGRE

El hombre que se apeó del tren en marcha para no tener que pagar el billete se parecía mucho a Kiwi. Era un viejo, un acreditado, un putrefacto *clochard*. Llevaba un saco a la espalda, un gabán roto y un sombrero agujereado en el que hacían excavaciones las moscas.

El tren le había dejado a orillas del río Renselaer, que en realidad es una parte del Hudson. Más allá estaba la limpia y reluciente ciudad de Albany. El hombre sabía que si la cruzaba por el puente de la Tercera Avenida llegaría enseguida a Madison Street y a Washington Park, pero allí era posible que un guardia le pidiera la documentación.

De modo que pensó desviarse hacia Delaware Avenue, donde había mucha menos vigilancia.

El vagabundo conocía el terreno que pisaba.

No quería tener tropiezos porque le interesaba llegar cuanto antes a aquella casa situada cerca del Bleecker Stadium, uno de los orgullos de Albany. De modo que se decidió a tomar un taxi, pagó por adelantado el precio probable de la carrera —de lo contrario no le llevarían— y se hizo conducir hasta su destino.

La casa parecía deshabitada.

Sólo estaba abierto el garaje.

El vagabundo entró.

Un hombre alto, elegante, de facciones agradables, le saludó desde el fondo del garaje, donde estaba examinando el motor de un «Convair».

—Hola, Bud.

—Hola, señor Terrell. Recibió mi llamada, por lo que veo.

—Claro...

—Mire lo que le traigo.

Mostró una bolsa de plástico con tuercas y tornillos de diversos tamaños. Cada uno de ellos tenía una anotación en clave. También le traía dos piezas grandes, curvadas, una de las cuales estaba despintada profundamente.

Terrell cabeceó.

—Magnífico, Bud. ¿Seguro que no había nada más?

—Seguro. Y mire que he buscado tornillo por tornillo en todos los almacenes de chatarra de la comarca.

—Te prometí cien dólares, pero mereces más. Has cubierto una zona muy amplia, Bud. Toma ciento cincuenta.

Bud rió.

Tenía una risita seca y áspera.

Se notaba ahora que no había sido vagabundo por casualidad. Sus ojillos denotaban ahora, entre otras cosas, que era un gandul y un sinvergüenza. Y que conocía las entretelas de la vida.

—Señor Terrell —musitó—, hablemos claro.

John Terrell sonrió elegantemente.

—Claro, muchacho... ¿Pero hablar claro de qué? ¿Es que hay algo que no entiendes?

—Verá... Yo no soy tonto. He pasado mi vida entre los almacenes de chatarra. Y encontrar un metal como éste, que casi no pesa, que es duro como un bloque de piedra, que no se oxida aun estando a la intemperie, y que no se raya con un cuchillo, es decir que tiene la solidez del diamante, me parece algo que no pasa todos los días.

Terrell seguía sonriendo.

Pero ahora había aparecido en sus ojos una chispita negra, una chispita que el otro no notó.

—Vaya... —dijo—. Entiendes de metales, Bud.

—Más de lo que parece.

—Y, según tú, ¿esto qué es?

—Titanio.

Los ojos de Terrell se entrecerraron. Acusó el impacto a pesar de su maravillosa serenidad.

Pero enseguida se rehízo.

—¿Pero tú sabes lo que es el titanio, Bud? ¿Es que has estudiado

técnica aeronáutica?

—Justo... Técnica aeronáutica. Aunque sea en las revistas. Con el titanio se construyen los aviones comerciales que han de hacer «Mach 2» o «Mach 3», es decir que han de alcanzar dos o tres veces la velocidad del sonido. Le estoy hablando del «Concorde» o del «Tupolev», amigo. No crea que no leo los periódicos. Y el titanio es un metal carísimo, más caro que el oro en estos momentos. ¿Cómo es posible que se encuentre en los depósitos de chatarra?

—Fue un error, amigo —dijo sombríamente Terrell—. Por eso te pago para que lo recuperes.

—Pero estas piezas pertenecían a algo. ¿Qué era? ¿Un avión?

—Sí, eso es. Un avión.

—Debería denunciarle a las autoridades porque puede haber aquí algo importante, señor Terrell. Y tal vez lo haga.

—¿Denunciarme? ¡Qué tontería! ¿Y por qué?

Los ojos del vagabundo brillaron codiciosamente.

Había estado pensando en aquella frase durante todo su largo y gratuito viaje en tren. Todo dependía de este momento, de pronunciarla con la suficiente entereza para que el otro se sintiera asustado.

—Señor Terrell —dijo—, no hay más camino que ponernos de acuerdo. Todo en esta vida tiene su precio.

—Muy bien. A mí me gusta ser claro en los negocios. ¿Cuánto?

—Dos mil.

Terrell sonrió alegremente, sin perder su magnífica compostura de *gentleman*.

—Muy bien, dos mil —musitó—. ¿Para qué vamos a discutir? Toma.

Bud se arrepintió instantáneamente de no haber pedido más.

Se arrepintió también de otras cosas.

Pero para eso ya ni siquiera tuvo tiempo.

—Esto no lo ha hecho un aficionado —dijo el policía Newman mientras terminaba de sacar el cadáver con un garfio—. Menudo trabajo, amigo... ¡Menudo trabajo! ¿Sabe lo que pienso, Mac?

Mac, el sargento del coche patrullero, miró con inquietud las aguas del río Buffalo, que crecían velozmente a causa de la tormenta.

—¿Qué piensas, Newman, si es que tú has pensado alguna vez?

—Pues verás... Yo te diría cómo ha muerto este tío. Tendió la mano hacía alguien, quizá para que le pusieran en ella una cantidad de dinero. Pero ese alguien... ¡menudo tío debía ser...!, llevaba un fino gancho sujeto entré los dedos. Al depositar los billetes en la mano de este desgraciado, le sujetó como el que sujeta la garganta de un pez con el anzuelo. ¿Y qué hizo la víctima? Pues se debió acordar de la madre del otro y se miró la mano, como es natural. No pensó en nada más. El asesino tiró entonces de él, atrayéndolo, y le hundió en el corazón el cuchillo que sostenía con la izquierda. Todo en un par de segundos. ¿Qué te parece?

—Que fantaseas, muchacho.

Pero él sargento Mac se convencía cada vez más de que el otro decía la verdad.

La situación de las heridas estaba clara.

Había sido un asesinato insólito, un asesinato, por decirlo así, de artista.

Ordenó lo poco que el cadáver llevaba encima.

—Unas monedas... Un tíquet de un comedor gratuito... Un encendedor... La foto de una chica... Un llavero... Total, nada. Se ve a la legua que era un vagabundo.

—Se archivará el asunto enseguida, ¿no?

—Por mí como si quieren archivarlo ahora.

Desde la curva de River Road, al sur de Clinton Hills, un hombre elegante, impecable, que pilotaba un coche último modelo, se había detenido para ver lo que hacían, abajo, los dos policías en el río.

Sus ojos impenetrables no tenían ninguna expresión.

Sus facciones estaban rígidas.

Otro automovilista, al verle parado en la curva, se detuvo también y se acercó.

—¿Qué le pasa, amigo? ¿Alguna avería?

—No —dijo John Terrell—. Dos policías de un patrullero que al parecer han encontrado un cadáver en el río Buffalo.

—¡Vaya! Lo de siempre... Cada vez hay más asesinatos en este cochino país. ¿Pero qué le parece? ¿Alguien importante?

—No. Yo diría que es un vagabundo.

—Pues entonces que se chinche. Uno menos que votará por ese advenedizo de McGovern. ¿No cree usted, compañero?

—No sé. Yo me presento candidato por los «panteras negras» —dijo sombríamente John Terrell.

El otro lanzó una carcajada.

—¿Usted? ¡Pero si es blanco!

—Cierto... Aunque no sé si usted ha visto fotografías de algunas chicas de la organización. ¡Qué «panteras», amigo!

El otro se alejó hacia su coche.

Reía tanto que por poco se mete la llave de contacto en la oreja.

Ésos fueron todos los funerales que tuvo el vagabundo «bañado» en el río Buffalo.

El inmenso vertedero estaba al final de la autopista 27, que termina en la Riverside Boad, rumbo a Riverhead. Es una de las zonas menos pobladas, por ahora, de Long Island. Al sur se veían las aguas quietas de la Mariches Bay y un poco hacia el este se oía el continuo rugir de los motores de la base militar aérea de Suffook County.

El hombre descendió de su impecable automóvil al pie del vertedero y miró al cielo.

No le gustaba el aspecto que presentaba, tan encapotado, como si anunciara tormenta.

Había demasiadas tormentas últimamente. Le estaban deshaciendo los nervios.

Pero John Terrell caminaba muy tranquilo en apariencia mientras se acercaba a la caseta del guardián. Junto a ésta había una enorme máquina con dos pinzas dentadas para arrancar árboles de cuajo. Para ensanchar la carretera estaban destruyendo un bosquecillo cercano a la costa.

John Terrell saludó al guardián y se situó junto a la máquina, contemplándola admirativamente.

—Buen cacharro, ¿eh, amigo?

—Estupendo. Y cuesta una millonada.

—¿Para qué sirve?

—Pues con esas pinzas dentadas se sujeta el tronco de un árbol, por ancho que sea, se aprieta bien y... ¡zas! La máquina tira hacia arriba con tal fuerza que sale con raíces y todo.

—¡Qué inventos! —dijo pensativamente John Terrell, como si nunca hubiera visto cosa parecida—. Es para asustarse.

El guardián se puso un cigarrillo en la boca.

—Oiga, señor Terrell.

—¿Qué hay?

—Usted estuvo aquí, en el vertedero, hace dos días y se llevó un tornillo de color rojo. Me pidió que le guardase todos los que encontrara de la misma clase, y me dijo que por cada uno me pagaría diez dólares.

—Así es, en efecto. Y pienso pagarlo.

—Mire... He encontrado cinco. Y una placa de metal perforado de la misma clase. Lo tiene a su disposición, pero antes quisiera que me aclarara una cosa.

—Claro... ¿El qué?

—He visto la televisión hace un rato. Es el único lujo que tengo en la barraca. Han exhibido el cuerpo de un hombre aparecido en las aguas del río Buffalo.

—Un suceso sin importancia —dijo Terrell—. No sé por qué la televisión pierde el tiempo en eso.

—Las cadenas necesitan llenar sus espacios, y los sucesos siempre interesan a la gente. Pero da la casualidad de que a aquel tipo lo conocía yo muy bien.

—¿Sí?

Los ojos de John Terrell continuaban sin tener expresión alguna.

Pero aquel tipo le molestaba ya tanto como la próxima tormenta.

—Sí —dijo el guardián—; era un vagabundo llamado Bud. Estuvo husmeando hace días por el vertedero. Buscaba pedazos de metal para un hombre elegante y que le pagaría bien. No me dio el nombre.

—Ah... —dijo suavemente Terrell.

Y se acercó más a la gigantesca máquina.

—Pero supongo que se refería a usted —dijo el guardián—. Seamos francos y hablemos sin careta, amigo. Si Bud se enfadó con usted y le ocurrió algo, yo tengo que saberlo. Tengo que ser recompensado por el disgusto enorme que he tenido. Yo a Bud le quería mucho.

—¿De veras?

—Era un hermano de mi alma.

—¿Y en cuánto valora usted el disgusto que ha tenido, compañero? ¿Cómo se consolaría?

—Pongamos que con mil dólares... y saber lo que hay detrás de todo esto. Usted y yo podríamos ser socios, señor Terrell. Le resultaría muy útil.

—No es mala idea en principio. ¿Pero podría yo investigar en el vertedero todo lo que quisiese?

—Claro que sí, señor Terrell, Mire...

Y el guardián se situó más cerca. Señaló con la mano la inmensa extensión de chatarra, de restos de coches, de bidones de petróleo, de latas vacías, de restos de maquinaria, de todos esos mil detritus inclasificables que continuamente vomita la sociedad industrial y que un día llegarán a ahogar la tierra.

El hombre susurró:

—Lo conozco todo muy bien. Lo he clasificado yo mismo. Lo he...

Demasiado tarde se dio cuenta de lo que pasaba a su espalda. Demasiado tarde se dio cuenta de lo que significaba aquel brusco y violento ruido de engranajes.

¡La gigantesca máquina se había puesto en movimiento!

¡Las dos espantosas pinzas dentadas se dirigían hacia él!

¡Ya estaban encima...!

El guardián intentó saltar con todas sus fuerzas.

Lanzó un alarido.

Pero las pinzas ya le habían apresado. Ya se cerraban sobre él. Las piezas dentadas ya penetraban en sus costillas.

El alarido se hizo espantoso, ensordecedor, alucinante.

Pero lo ahogó el rugido de un «Phantom» que en aquel momento despegaba de la base de Suffolk County.

Las pinzas siguieron apretando.

Se oyó el chasquido espantoso de los huesos.

Todo el cuerpo del guardián se partió en dos.

La mitad inferior cayó al suelo mientras los engranajes dentados se cubrían de sangre.

John Terrell hizo una mueca de disgusto.

Le sabía mal ensuciar tan magnífica máquina.

La paró y luego la hizo funcionar de nuevo para desplazarla y lograr que cubriera los restos con su mole. Luego entró en la caseta del muerto.

La televisión aún funcionaba.

La pieza de metal y los tornillos estaban junto a ella. Un teléfono de pared destacaba como una mancha, negra.

Terrell lo descolgó y marcó un número de Manhattan.

Le contestó, desde una lujosa oficina, una tibia voz masculina.

—¿Sí?

—Soy Terrell.

—¿Qué ha sucedido, Terrell?

—Voy consiguiéndolo.

—Lo celebro, pero supongo que falta mucho todavía...

—Mucho —reconoció Terrell.

—No desmayes. Sabes que puedes disponer del dinero que haga falta.

Terrell apretó los labios.

—Están surgiendo algunos problemas —dijo.

—¿Qué problemas?

—Muertos.

—Me he enterado de algo por la televisión. Supongo que enseguida lo publicarán los periódicos. Sólo quería advertirle.

—Bien.

La voz masculina era cada vez más suave.

Correspondía a una persona sin nervios. Sin moral. Alguien que no se impresionaba por nada.

Alguien que lo calculaba todo cuidadosamente, alguien para quien la vida y la muerte no tenían importancia.

Podía ser un alma gemela de la de John Terrell.

Pero John Terrell aún no lo sabía.

Colgó.

Luego disco otro número.

Seguía estando completamente tranquilo, como si no hubiera dejado un cadáver espantosamente mutilado a su espalda. Le contestó una suave voz femenina.

—¿John?

Estaba claro que la muchacha había esperado su llamada. La voz era levemente ansiosa.

—Hola, Marta.

—John, he estado hablando otra vez con mi padre. Sigue oponiéndose a nuestra boda. Me siento desesperada. No sé qué decir ni qué hacer...

Él musitó:

—Hay una solución muy sencilla.

—¿Cuál?

—Nos casaremos en secreto. Ya tengo convencido a un sacerdote que lo hará. Lo único que hará falta será acudir a su capilla.

—¿Un presbiteriano?

—Naturalmente. Los dos somos presbiterianos, Marta.

—¿Cuándo será eso, John? Me siento ansiosa.

Él susurró:

—Muy pronto. Tal vez mañana mismo.

Y colgó.

Sabía que aún tendría que hacer muchas cosas antes del día siguiente. Quizá matar a varios hombres.

Un trabajo agotador para un tipo como él, a quien nunca le había gustado hacer horas extraordinarias. Ni trabajar en domingo.

CAPÍTULO VI

MANHATTAN: EL HOMBRE QUE BUSCABA

El hombre que descendió en el aeropuerto Kennedy de un avión de la Air Canadá había recorrido ya medio mundo haciendo investigaciones, después de hablar con Jafet en el pringoso mercado de El Pireo. Desde El Pireo había viajado a Berlín occidental, desde Berlín occidental a Londres, y ahora volvía a estar en Nueva York: Le quedaba una investigación por hacer, y esa investigación tenía que realizarla en Manhattan.

Un «Lincoln» negro le esperaba en el aparcamiento. El chófer le dejó en la Segunda Avenida, junto a la Calle Cincuenta, donde se alzaba un magnífico rascacielos destinado a oficinas. En la planta cuarenta estaban las instalaciones comerciales de la Import Benedict, una de las más acreditadas agencias de importación de metales especiales que existían en Estados Unidos.

En realidad, Moser podía haber iniciado sus investigaciones por allí, ya que conocía a los hermanos Benedict. Pero lo que le dijeran ellos tenía sólo una relativa importancia, de modo que los dejó para el último lugar. Lo de los Benedict era en cierto modo una operación rutinaria.

Cuando llegó a las oficinas, ya todo el mundo estaba saliendo de ellas. Había muy pocos empleados allí, puesto que se trataba de una oficina técnica perfectamente especializada. Los hermanos Benedict la llevaban de un modo personal, alternándose en el trabajo.

Los cinco empleados que en aquel momento salían —cuatro hombres y una mujer— saludaron sonrientes a Moser.

Le conocían bien a través de las eliminatorias para los campeonatos mundiales de ajedrez, deporte al que todos eran muy aficionados. Le conocían también porque Lewis Moser, dos años

antes había sido campeón norteamericano de boxeo aficionado en la categoría de los pesos medios, la categoría llamada «reina». Y, esencialmente, porque había estado ya un par de veces allí.

Moser les sonrió también.

—¿Quién está hoy en la oficina? —preguntó—. ¿Peter o Nancy?

Sabía que los dos hermanos se alternaban el trabajo, viniendo generalmente un día el hombre y al siguiente la mujer. Pero aquel día tuvo una sorpresa.

—Están los dos —dijo uno de los secretarios—. Casualmente hoy han venido juntos, señor Moser.

—¿Puedo pasar?

—Naturalmente. Ellos se quedan aquí durante la hora de la comida.

Moser pasó.

La oficina era pequeña, pero estaba muy bien instalada.

No le faltaba ni un detalle para un perfecto servicio técnico. Contaba incluso con un departamento adjunto donde las más complejas aleaciones metálicas eran analizadas. Ambos hermanos eran ingenieros y habían obtenido los números uno y dos de su promoción en la Universidad Técnica de Massachusetts unos años antes.

Y, sobre todo, aquella oficina tenía algo.

Algo.

En efecto, no en todos los, lugares de esa clase se encontraban unas personas como las que ahora tenía Moser delante de los ojos.

Nancy Benedict se había sentado descuidadamente.

Leía unos informes.

Quizá no esperaba visitas a aquella hora Enseñaba las piernas hasta arriba.

Al oír los pasos se volvió con rapidez. Sus mejillas se colorearon levemente.

—Oh, perdón...

Y se bajó la falda.

Fue una lástima.

El análisis espectrográfico de los metales no tiene por qué estar reñido con unos buenos muslos.

Lewis Moser le tendió la mano.

—Buenos días. Perdona que la moleste, Nancy.

—Creí que aún estaba en Reikiavik. ¿No era uno de los primeros asesores de Fisher?

—Tuve que volver.

—¿Por qué? ¿Es que ha ocurrido algo?

—Usted está metida hasta el cuello en este complejo mundo de los metales especiales, Nancy. No hemos dado la noticia, pero es de suponer que se habrá filtrado. Quizá usted sepa que los ingenieros Weygand y Topper se mataron en su base secreta de Nevada.

—Sí. Lo he oído decir. Algo inexplicable, ¿no?

—Totalmente inexplicable —musitó él.

—Lo he sentido mucho. El proyecto en el que trabajaban Weygand y Topper nos dio a ganar buen dinero a mi hermano y a mí. Yo pensé que continuaría durante bastante tiempo.

—En realidad había terminado ya —explicó Moser—. Ustedes enviaron más titanio especial por si se producían averías o imprevistos, pero se esperaba que no fuese necesario. Los materiales resultaron perfectos, según me han dicho en Nevada. Y todos sabemos que no era fácil conseguir la importación y el tratamiento de un titanio especial como el que se necesitaba.

Nancy inclinó la cabeza, sonriendo.

Seguía ocultando las piernas.

Y seguía siendo una lástima.

—¿Para qué quiere hablar con nosotros, Moser? ¿Van a anular otros pedidos?

—Oh, no... Los proyectos del Gobierno continúan. Pero quisiera saber si el metal que ustedes proporcionaron tenía algo que no fuese habitual. Es decir, si podía ser destruido fácilmente.

Ella le miró con sorpresa.

Parecía no entenderle.

Tan sorprendida estaba al parecer que volvió a enseñar sus fabulosas piernas sin darse cuenta.

—No le entiendo, Moser. ¿Por qué pregunta eso? Usted sabe que el titanio es uno de los metales más resistentes que existen.

—Es que ocurre algo incomprensible.

—¿Qué?

—Las piezas de titanio desaparecieron. Ni que las hubieran desintegrado con un rayo Láser.

Ella negó con la cabeza.

—Ni lo sueñe. Se habrían necesitado meses. Años tal vez. Y además, los que controlaban el consumo de energía en la base de Nevada se habrían enterado.

—Eso fue lo que pensé enseguida —dijo Moser.

—¿Quiere que le dé mi opinión por escrito? No tengo inconveniente, si eso ha de ayudarlo.

—Me gustaría saber qué opina también su hermano Peter. Me han dicho que hoy, casualmente, también está aquí.

—Cierto... ¿Quiere verle?

—Si no les molesto...

—Claro que no. Un momento...

En aquel instante sonó el teléfono interior.

Ella lo descolgó. Moser pudo oír parte del diálogo.

—Oh, Peter, precisamente iba a llamarte. Está aquí Lewis Moser.

—... ..

—Sí, quiere preguntarte algo.

—... ..

—¿Tienes visita? Bueno, le diré que pase dentro de cinco minutos.

—... ..

—Sí, sí, ya sé que es una visita de confianza. Que pase a tu antesala privada. Bien, de acuerdo.

—Peter le ruega que pase a su antesala privada, Moser. Tiene ahora una visita, pero terminará enseguida con ella.

Le condujo a una sala más pequeña, decorada con maderas nobles y amueblada con acogedoras butacas inglesas. Al quedarse solo allí, Lewis Moser encendió un cigarrillo pensativamente.

Tentadora muchacha aquella Nancy Benedict.

Un cerebro que era una computadora y unas piernas que era un prodigio.

Buena e inquietante combinación.

Para liquidarle a uno.

Claro que, puestos a elegir, él se quedaba con las piernas.

La puerta que estaba frente a él se abrió al cabo de cinco minutos escasos. Peter Benedict despedía a un hombre. Inmediatamente tendió con afecto sus dos manos hacia Lewis Moser.

Cualquier semejanza entre Peter Benedict y su tentadora

hermana Nancy hubiera sido, como se dice en las películas, pura coincidencia.

Como Nancy, Peter estaba bien constituido y era alto. Pero arrastraba una pierna, a causa de un accidente sufrido años atrás, y su cara estaba marcada por una profunda cicatriz que le hacía entornar levemente un ojo. Sus cabellos demasiado cortos le daban una expresión un poco adusta aunque él quería ser simpático.

—Lewis... ¡Qué sorpresa! ¿Quiere decirme algo confidencial? Ya me enteré privadamente de lo de Weygand y Topper.

—Sí, Peter, lo que voy a decirle es confidencial. Se refiere al titanio especial que ustedes importaron y luego trataron para remitirlo a Nevada.

—¿Qué ocurre? ¿Tenía algún defecto?

—No, no, nada de eso... Sólo deseo saber si ofrecía alguna particularidad que no fuera usual. Si, por ejemplo, podía destruirse sin dejar rastro.

—Eso es imposible, Lewis. Se trataba de una variedad de excepcional resistencia.

A continuación, Peter se extendió en una serie de datos técnicos, con su voz demasiado suave, aquella voz un poco afeminada que le había quedado al no poder mover las mandíbulas bien. Lo mismo él que su hermana Nancy conocían perfectamente el oficio. Los Benedict eran unos auténticos expertos.

Cuando Lewis Moser se despidió de él, sabía que no había adelantado gran cosa con aquella visita rutinaria. Pero no había tenido más remedio que hacerla.

Ahora, vuelta a empezar.

Claro que no había perdido el tiempo del todo, qué diablos.

Estaban de por medio las fabulosas piernas de Nancy Benedict...

Hay que lamentar de veras, amigo lector, que usted tenga que imaginarlas a distancia.

CAPÍTULO VII

EL OSCURO MUNDO DE LAS RATAS

Existe en la organización capitalista de los grandes países industriales, pero en especial en Estados Unidos, una curiosa serie de submundos: por un lado está la mafia, que controla el juego, la prostitución, las drogas y grandes cadenas de negocios tan «limpios» como las lavanderías. Existen los «panteras negras», que reclaman el poder para los de su raza; existen los musulmanes de color, de los que es líder espiritual el famosísimo boxeador Cassius Clay, *Muhammad Ali*; existe el Sindicato del Crimen, que alquila asesinos a precios módicos y perfectamente razonables. Toda una serie de movimientos honestos unos, criminales otros, imponen curiosas leyes que marcan la fisonomía del país. Y pobre del que desconozca esas leyes. Está listo.

También existe, como es lógico, el mundo de los desheredados.

El extraño mundo de las ratas.

Un alucinante universo que forman, sin conocerse apenas, legiones de vagabundos que van de un lado a Otro del país. Gentes que identifican todos los vagones de carga de todas las líneas férreas de Estados Unidos. Hombres que conocen las cárceles de los condados, los comedores de los asilos, los albergues del Ejército de Salvación y los lugares donde refugiarse después de un robo o un atraco. Tipos que unas veces son honrados y se pasan la vida mirando las estrellas. Tipos que son unos hijos de perra y que violan y asesinan a las muchachas solitarias. Pero todos tienen un código de señales, todos se entienden, todos forman una extraña familia que se defiende y que se vengán instintivamente de quienes la atacan.

John Terrell no había contado con eso.

John Terrell tenía distribuidos docenas de individuos por todos los almacenes de chatarra de Estados Unidos que cubrían una determinada zona. Y habían matado a alguno de ellos, cosa con la que al principio no contó.

Pero la verdad era que aquellas muertes no le habían preocupado en absoluto.

No le quitaban el sueño.

Ni por una décima de segundo volvió a oír en sus recuerdos el grito alucinante de su última víctima, cuando las piezas dentadas de la máquina partieron su cuerpo en dos.

Claro que, al día siguiente, John Terrell pensó que quizá las cosas no fueran tan fáciles como él había imaginado.

Supo entonces que el código de los desheredados se había puesto en movimiento. Que empezaba a moverse también el oscuro mundo de las ratas.

Al sacar aquella noche su coche de un *parking*, se encontró con un vagabundo. El vagabundo solo le miró.

No pasó nada.

Pero cuando llegó al sitio donde tenía reservada aquella habitación aquella noche, un motel cercano a Hoboken, se encontró con otro vagabundo que al parecer recogía desperdicios. El extraño individuo también se limitó a mirarle.

Cuando por la mañana despertó Terrell, distinguió desde la ventana a tres individuos más, tres vagabundos situados en lugares estratégicos de las afueras del motel.

Y entonces sintió una corriente de aire frío en la espalda.

Él, que nunca había tenido miedo.

Él, a quien llamaban el Inmortal.

La sensación de que un poder monstruoso, invencible, se abatía sobre sus huesos, le dejó sin respiración por unos momentos.

Comprendió lo que había sucedido.

Y disco en el teléfono un número de Manhattan. La voz suave le respondió inmediatamente.

—¿Sí?

—Soy John Terrell.

—John... Esto es una imprudencia.

—¿Está controlado el teléfono?

—No, de ningún modo. Nadie sospecha de mí, y además esto es una línea privada. Pero tantas llamadas no me gustan.

—Si he descolgado el teléfono es porque me ocurre algo grave.

—¿De qué se trata?

—Hay poderes contra los que resulta imposible luchar —dijo sombríamente Terrell—. Yo nunca tendría miedo de enemigos tan terribles como un reactor armado con cohetes de *napalm* que me persiguiera por un campo descubierto. Sabría cómo esquivarlo. Pero en cambio hay otros perseguidores que me obligarían a lanzar gritos de horror. Unos perseguidores contra los que no podría luchar.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo una legión de ratas.

Se oyó una respiración entrecortada al otro lado del cable. Por lo visto el interlocutor de John Terrell vacilaba. No acaba de entenderle.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, sencillamente, que una legión de ratas me está persiguiendo. He matado a más de un vagabundo y los otros se han enterado. Esos tipos forman una organización secreta que circula por todo el país. Tienen su propio código de señales, su propia moral. Y estoy seguro de que ha circulado esta consigna: «Un señorito que quiere divertirse está asesinando a los nuestros».

—¿Pero es que pueden pensar que... que lo haces para divertirte?

—En sus cerebros no entra de momento otra explicación.

—¿Pero han llegado a localizarte, John?

—Tienen espías en todas partes, en todos los rincones de las ciudades. Sus ojos ven hasta en las alcantarillas. Una red de espías y de llamadas telefónicas les ha bastado para seguir mis últimos pasos.

—¿Crees que... que estás en peligro?

—Claro que sí. En inminente peligro de muerte.

La voz suave se alarmó. Sonó agitadamente al otro lado del cable.

—¡Terrell, tú no puedes fallar ahora! ¡No puedes morir! ¡Sin ti se hunde todo!

—Y no quiero morir —musitó Terrell—, pero temo que me suceda algo grave dentro de poco. Algo terrible. Quiero que me

envíes la pistola número tres.

John Terrell sabía muy bien lo que era la pistola número tres.

Con ella podía cambiar todo, con ella podía sembrar el terror a su paso.

Podía ahuyentar a la legión de ratas.

—John, tú sabes que la número tres está aún en fase experimental —dijo la voz suave—. No me gustaría que se perdiera y la encontrara alguien.

—No se perderá, te lo prometo.

—¿Y si encuentran las cápsulas en los cuerpos de esos individuos?

—Tú sabes perfectamente que las cápsulas no podrán ser encontradas nunca.

La persona que estaba al otro lado del cable pareció convencida. Se oyó un suspiro que era ya una aprobación.

—De acuerdo... ¿Dónde estás?

—No lejos de aquí, en Hoboken. Hay un motel bastante modesto que se llama sencillamente así: Sleep.

—Lo conozco. Una vez llevé allí a una chica.

—Tú siempre tan mujeriego, ¿eh?

Se oyó una risita leve.

—Uno hace lo que puede.

—Pues vas a reírte más aún, amigo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Sabía que habías estado aquí. Sabía que frecuentas los moteles llevando chicas. Y hasta tengo fotografías tuyas entrando con ellas en los establecimientos de esta clase.

La voz sonó ahora con un timbre de alarma al otro lado de la ciudad.

—¡Terrell! ¡Eso es indigno!

—Menos mandangas, amigo. Antes de meterme en un trabajo de esta clase y depender de ti, me aseguré de la clase de pájaro que eras. Pero no tiene tanta importancia, después de todo. Si te lo he dicho ha sido porque me hace gracia recordarlo.

—Eres el mismísimo diablo, Terrell.

—Por eso me contrataste, ¿no?

Y ahora el que rió fue él.

No parecía demasiado preocupado por los vagabundos, a los que

seguía viendo a través de las cortinillas.

—Ahora lo importante es que tenga la pistola número tres — musitó—. Envíala antes de la noche.

Y colgó.

Luego conectó la televisión, dispuesto a no salir hasta estar bien preparado para la batalla que se avecinaba.

Una batalla en la que se jugaría su preciosa piel.

Los servicios secretos norteamericanos tienen un presupuesto muy elevado, pero no carecen de razones para ello. Hay misiones en las que el dinero tiene que gastarse a manos llenas, sin pensar más que en los resultados que puedan obtenerse. Los servicios secretos pueden emplear aviones, movilizar acorazados, contratar pistoleros, usar sabios, movilizar mujeres bonitas... y desplazar telefonistas.

Era esto último lo que se hacía en el caso que dirigía Lewis Moser.

Éste había dado a sus jefes una serie de números de teléfono y de direcciones seleccionadas.

Y había pedido una sola cosa: Control.

En cierto modo era algo rutinario.

Pero los casos más difíciles no se resolverían jamás si no fuera por la rutina. Un rompecabezas puede desentrañarse de golpe y con un ramalazo de inspiración genial, pero esa inspiración jamás llegaría si antes las investigaciones rutinarias no hubieran suministrado todos los datos para poder tenerla.

La palabra «control» hizo que bastante gente conociera lugares que nunca había visitado.

Expertos en líneas telefónicas fueron enviados a Beirut, a El Pireo, a Ammán, a Roma, a Belgrado, a todos los sitios que Lewis Moser había estado visitando durante sus investigaciones. Todas las personas que habían hablado con él, incluso el rabino Jafet, tuvieron controlado su teléfono desde el día siguiente. Y algunos de los técnicos no necesitaron moverse de Nueva York, porque allí también Lewis Moser había hecho visitas.

Moser esperaba que le llegaran resultados desde algún rincón de Oriente Medio.

Y le llegaron desde mucho más cerca. La vida tiene esas sorpresas. Sólo nos caen encima las cosas que tenemos al lado. Uno sueña casarse con Claudia Cardinale y acaba casándose con la

vecinita de enfrente, a la que además chafó los morros de un puñetazo cuando era una niña.

Por allí llegaron las sorpresas de Lewis Moser.

Sí. Fueron los de Nueva York los que obtuvieron resultados. Al departamento que ocupaba Moser en el lujoso hotel Pier llegó un cable que decía simplemente: «Contacto».

El joven, sin perder un minuto, se desplazó a las oficinas que el servicio secreto tenía en Brooklin, disfrazadas tras el piadoso negocio de una funeraria. Las funerarias, las imprentas y los almacenes de exportación son los negocios respetables con los que suelen ocultarse los negocios no tan respetables del espionaje, porque en esa clase de establecimientos suele entrar y salir mucha gente y acostumbran a moverse «paquetes» sobre los que nadie investiga.

En las oficinas de Brooklin estaba Foster, uno de los mejores técnicos de la CIA.

—Ha llegado esto del control de Manhattan —dijo mostrando una cinta magnetofónica.

—¿Importante?

—No lo sé. Habrá que verlo. Eso es usted quien tiene que decirlo, Moser.

La cinta fue colocada en el magnetófono y empezó a soltar lo que llevaba grabado en sus entrañas. Moser escuchó con la mayor atención, sin un solo parpadeo.

Una voz le resultaba completamente desconocida.

Pero la otra la recordaba muy bien.

Y era eso lo que le helaba la sangre. Era eso lo que no entendía. Al final Foster musitó:

—¿Saca algo?

—Sí. Hay un hombre que está en un apuro y pide que le envíen una extraña pistola número tres. Pero lo que no imaginaba era que esa pistola tuviera que enviársela nada menos que Peter Benedict.

El técnico parpadeó.

—¿Quién es Peter Benedict?

—Un hombre que tiene un negocio de importación de metales especiales en uno de los mejores sitios de Manhattan. Lo lleva junto con su hermana Nancy. Imaginaba que... En fin, es una de las sorpresas más violentas de mi vida.

Y era verdad. Lewis Moser sentía frío hasta en sus venas al imaginarlo.

—Pues creo que ya lo tiene —murmuró Foster—. Hemos localizado el sitio donde procedía la llamada y sabemos muy bien dónde está ese motel. El hombre que está en él es el que mató a los vagabundos, aunque supongo que no se sabe por qué. Imagino que ni siquiera había relacionado una cosa con otra, Moser.

El joven negó con un suave movimiento de cabeza. Sentía vértigo.

—No —dijo—, no lo había imaginado. Y no puedo imaginar tampoco qué papel juegan esos vagabundos.

—Pues pronto lo averiguará —dijo Foster sombríamente—. De momento ya tiene a su hombre.

Lewis Moser no contestó. Salió poco a poco de allí.

Continuaba sintiendo aquel asombro que no le dejaba pensar.

Y aquella sensación angustiosa, dañina, de frío en el centro de la espalda.

CAPÍTULO VIII

LA PISTOLA NUMERO TRES

John Terrell dio una propina al mensajero que le había traído el paquete. Era un muchacho de una agencia japonesa de pequeños transportes que existía en Hoboken.

Cuando el chico se largó, Terrell miró disimuladamente por la ventana.

Los vagabundos continuaban en su sitio.

No eran los mismos, sino otros, lo cual indicaba que a Terrell le estaba persiguiendo un verdadero ejército. Pero se dio cuenta de que el mensajero no les había llamado la atención porque no sabían en qué lugar exactamente acababa de hacer la entrega.

Desenvolvió el paquete.

Dentro había una pistola que a primera vista hubiera podido parecer una monumental «German Luger». Pero el cañón era mucho más largo y reforzado, y también el cargador tenía aspecto de ser doble. Sin embargo, no lo era. Las que eran dobles eran las balas, de las cuales existían ocho perfectamente alojadas allí.

John Terrell contempló el conjunto casi con devoción.

Era una magnífica arma.

Su principal secreto, sin embargo, estaba en las balas, que hubieran podido llamarse con un siniestro nombre: «balas de napalm». Como eran blindadas, podían atravesar una pared, una ventana y no digamos una puerta. Dos de ellas bastaban para originar en el interior de cualquier sitio un devastador incendio.

No era necesario decir los efectos que eso producía en un cuerpo humano.

Las balas, como las tristemente famosas,
«dum-dum»,

explotaban dentro de la víctima después de haber hecho blanco. Pero, en lugar de sembrar el interior de metralla, lo sembraban de un auténtico océano de fuego.

El fuego salía incluso como un chorro por el lugar de la herida. Quemaba también por el exterior.

Nada podía concebirse tan espantoso como aquello, en una lucha a corta distancia.

Johnny Terrell confiaba en que, cuando liquidara al primer vagabundo de ese modo, los demás huirían. Lo que no hubiera conseguido nunca con una pistola convencional, lo conseguiría fácilmente con aquella máquina diabólica.

Sonrió.

Iba a preparar una magnífica «fiesta de muerte».

Y sin embargo, la primera persona a la que llamó fue un sepulturero. Fue, por el contrario, una muchacha cuya cara y cuyas piernas figuraban entre las más acreditadas y tentadoras de Manhattan.

Que ya es decir.

En cuestión de piernas, las chicas de Manhattan están a veces como la propia bomba H. Y ésta les ganaba. Aún tenía unas piernas con más megatones.

—¿Marta?

—¡Oh, John...!

—Ha llegado el momento, muñeca.

—¿Qué... qué quieres decir, John?

—¿Y lo preguntas? Creí que habíamos acordado que te casarías conmigo.

Se notó la vacilación al otro lado del hilo. Para John Terrell era como si estuviese viendo a aquella espléndida muñeca. Se daba cuenta de su vacilación, de su turbación y al mismo tiempo de su deseo. Para ella, casarse en secreto y contra la voluntad de sus padres era un crimen. Pero renunciar a John Terrell, al que conocía y amaba desde los quince años, era una monstruosidad.

John Terrell apretó los labios.

Más monstruosidad era para él.

No estaba dispuesto a renunciar a una mujer semejante, a aquella mujer-tentación que deseaba como un loco desde la primera vez que la vio siendo ella casi una niña. Y sabía que Marta era de

las que no se entregan si no es a su marido.

—Por eso estaba dispuesto a realizar la ceremonia, a llegar adonde hiciese falta.

—¿Qué pasa, Marta? Te has quedado muy silenciosa...

—Estoy... estoy asustada, John.

—Pues no lo estés tanto. ¡Qué tontería! Casarse, al fin y al cabo, no es un crimen, ¿verdad? Y tus padres se harán cargo de todo cuando se den cuenta de que nos queremos.

—De acuerdo, John. ¿Cuándo?

—Esta noche a las diez. Celebraremos la ceremonia en mi apartamento de la calle Cuarenta y Uno.

—Pero ¿y los trámites? Hace falta que el sacerdote inicie un expediente, un...

—No te preocupes por los detalles burocráticos. Ya te he dicho antes que es amigo mío y lo resolverá todo sin molestarnos. Lo esencial es que nos queremos, ¿no? ¿O tal vez no nos queremos aún lo suficiente, muñeca?

La voz se oyó firme y decidida al otro lado del hilo.

—Sí, John. Yo te quiero con locura, te quiero con locura, te quiero con toda mi alma.

—Pues esta noche a las diez nos lo podremos demostrar los dos, Marta.

Y colgó.

Ya había sido bastante.

Un momento después flotaba una suave sonrisa en su rostro mientras miraba a los vagabundos a través de los visillos.

Bonitos invitados para una boda...

Una hora antes de la fijada para la boda, tomó su vehículo y salió del motel después de abonar la cuenta. Lo hizo con tranquilidad, con la mayor parsimonia, como si no le amenazara un peligro de muerte.

Sabía que los vagabundos no le atacarían allí.

Era un sitio demasiado concurrido. Y además en los moteles siempre hay detectives armados que le pueden chafar a uno la juerga cuando más animado está con ella.

En efecto, no le atacaron.

Pero John Terrell sabía que la red implacable se había puesto en marcha.

Cada vez que se parara ante un semáforo, cada vez que doblara una esquina, le vigilarían desde la sombra cien ojos invisibles.

Pero eso no le importaba. Contaba con ello.

Cuando se detuvo ante su apartamento de la calle Cuarenta y Uno —que era uno de los varios que él tenía en Estados Unidos— eran las diez menos cuatro minutos.

Marta y él llegaron al mismo tiempo.

John Terrell la miró fijamente, mientras sus ojos se entrecerraban.

Por primera vez en mucho tiempo, aquella máquina perfectamente eficaz y perfectamente inhumana que era su cerebro pareció fallar. Bruscamente ya no pensó en nada excepto en la muchacha, en lo bonita que era, en lo diabólicamente tentadora que era, en lo que le gustaba, en lo que le enloquecía.

La muy maldita.

Las mujeres tan preciosas como ella debieran ser destruidas después de poseerlas para que nadie las pudiera volver a poseer.

Marta bisbiseó:

—John...

Estaba emocionada.

Temblaban sus manos y temblaban sus párpados.

Palpitaba una desconocida ansiedad en toda ella.

—Seguro que el sacerdote nos está esperando arriba, Marta. Le he llamado antes y sé que todo está resuelto.

Subieron al apartamento, que estaba amueblado con gusto. A John Terrell no le gustaban las cosas feas, y como ganaba el dinero a manos llenas podía permitirse el comprador lo mejor.

El hombre a quien él había citado antes ya les estaba esperando. Se notaba, sólo al verle, que era todo bondad. Había en sus ojos una mirada clara, limpia. Estrechó calurosamente las manos de John Terrell y luego las de Marta, pero con timidez.

Diríase que le daba miedo ver una mujer tan bonita.

Era encantadoramente tímido.

Se ajustó bien el alzacuello, carraspeó y luego, ante los dos, celebró la sencilla ceremonia. Fue cosa breve, pero llena de dignidad. Marta no pudo evitar que unas lágrimas rodaran por sus mejillas.

Nunca imaginó que su boda sería sencillamente esto. Que se

casaría sin más testigos que dos vigilantes de una oficina próxima llamados a toda prisa. Que la uniría a John un sacerdote desconocido y del que ignoraba hasta el nombre.

Pero eso no importaba.

Se casaba con John Terrell.

Y casarse con John Terrell era para Marta lo más importante de su vida.

El sacerdote les felicitó, les proporcionó amablemente unos impresos para que luego celebraran el matrimonio civil y se despidió con los testigos. Cuando quedaron solos, la muchacha se dejó caer en los fuertes, en los duros, en los ansiosos brazos del hombre.

—John...

Con eso lo decía todo. Su solo nombre ya representaba para Marta una vida distinta. John la abrazó y la besó bruscamente en la boca.

Quizá con demasiada brusquedad.

Vibraba de deseo.

Pero luego se contuvo un poco. No quería asustarla. La tomó en brazos suavemente y la llevó al dormitorio.

Pero antes de entrar en él la depositó en el suelo para inclinar un poco uno de los cuadros de la pared, un cuadro que estaba bien puesto.

—¿Por qué haces eso? —musitó ella—. ¿Por qué haces siempre esa cosa tan rara, John?

—No tiene importancia —susurró él—. Pequeñas manías.

Y cortó la nueva pregunta besándola con más ansiedad todavía en la boca.

CAPÍTULO IX

LO SIENTO, PRECIOSA

Marta salió tambaleándose dos horas después. Se dio cuenta, aturdida, de que era poco más de medianoche. Tenía la boca tan seca que hubo de beber un vaso de limonada, ya preparada en la nevera, y luego apoyarse en la pared. Sus ojos estaban turbios.

No quería reconocer para sí misma que estaba como desengañada.

Nunca hubiera podido imaginar que el amor fuese aquella especie de choque brutal, aquel ansia de posesión, aquel destrozar su cuerpo como si ella fuese un objeto que sólo sirviera para proporcionar placer.

En ese sentido John había sido excesivo.

Todas las mujeres sueñan en horas de pasión para la noche de su boda. Pero si la pasión se desata sin barreras, sin dulzura, sin freno, sin ninguna ternura, la pasión se transforma en algo desconocido, extraño, violento, que en ciertos momentos asusta y en ciertos momentos hastía.

Sí, en este sentido John había sido excesivo.

Pero ella no quería darle importancia.

Al fin y al cabo el amor quizá sea eso.

Trató de sonreír.

Y de pronto tuvo un sobresalto.

Se volvió como una peonza.

—¿Qué pasa? ¿Qué hace usted aquí?

El hombre se había colado de rondón en la cocina y había abierto la nevera. Debía estar borracho, porque se tambaleaba y su aliento hedía a alcohol. Balbució:

—Después de *whisky* viene bien un poco de limonada. Algo

refrescante para la resaca. Usted la estaba bebiendo. ¿No tiene más?

Marta le miraba asombrada.

Sin comprender ni una sola frase.

Miró como alucinada a aquella especie de intruso que ya no llevaba el alzacuello, que ya no parecía un sacerdote presbiteriano sino un borracho sacado del más profundo tugurio de Brooklin.

El barbotó:

—¿Pero por qué me mira de esa manera? ¿Qué pasa?

Sin duda había bebido mucho. No se daba cuenta de la auténtica situación.

Pero Marta sí.

Marta comprendía la horrible situación de una forma tan clara que ya no tenía ni sangre en las venas.

El hombre pareció comprender al fin lo que ella debía estar pensando. Dijo con voz ronca:

—Bueno, no hay que ponerse así. Al fin y al cabo John Terrell es un gran tipo, preciosa.

Y se alejó tarareando, llevando en la derecha la jarra de limonada.

Por lo visto había entrado luego en el apartamento, quedándose a dormir en un diván.

Marta había contenido la respiración.

Sus ojos alucinados vieron aquel mundo hostil, aquellos muebles que de pronto se le hacían tan desconocidos, aquel hombre que bebía la limonada directamente desde la jarra mientras se manoseaba la barba.

Y sus ojos vieron también a John Terrell.

John Terrell ya se había vestido. Sus ojos un poco turbios estaban clavados en ella con la expresión del que ha pasado dos horas con una mujer contratada en un bar de la avenida Doce.

—Ah... —dijo tranquilamente—, olvidaba presentarte a Monky. Monky es un actor muerto de hambre y que sólo hace bien una clase de papeles: los papeles de sacerdote. Pero, eso sí, le salen bordados.

Con una suave sonrisa añadió:

—Lo siento, muñeca, pero así tus padres me lo agradecerán. No te habrás casado en contra de su voluntad.

Le dio un obsceno manotazo en el carnoso lugar donde

terminaba la espalda y dijo:

—¿Vamos, Monky?

Salieron los dos. Se los tragarón las sombras de la medianoche, mientras Marta caía de rodillas, mientras la muchacha se llevaba las manos a la boca para no gritar, sintiendo que se ahogaba.

Sintiendo que, en este momento, una bala al corazón hubiera sido compasiva con ella.

CAPÍTULO X

AL ROJO VIVO

Precisamente en las balas estaba pensando Johnny Terrell cuándo salió por el callejón que había a un lado del enorme bloque de apartamentos.

Hubiera podido salir por la puerta principal, aplazando así por unos momentos la persecución, pero prefería terminar de una vez. Sabía por experiencia que a aquellos fulanos había que darles un escarmiento no los frenaría ya nunca.

Y sabía también que aquello no iba a ser una tarea demasiado fácil.

Por eso se había «casado» con Marta.

Para tener un buen recuerdo si el destino quería que reventase antes del amanecer. Los vio entonces. Los vio al salir.

Eran cinco.

Cinco ratas humanas elegidas entre lo más rastrero que se mueve bajo los puentes de Manhattan. Cinco navajeros de los que abren en canal a un paseante descuidado. Cinco canallas de los que violan a una chica sola. Cinco granujas dispuestos lo mismo a desmontar pieza por pieza un camión que a matar uno por uno a los empleados de un Banco.

Terrell miró a Monky.

—Lárgate, muchacho —dijo—. Ya ingresaré en tu cuenta los honorarios. Lárgate si puedes.

—¿Pe... pero... pero qué pasa, Terrell?

—Deben creer que estás aquí para ayudarme. No tenías que haber vuelto anoche, idiota.

—No tenía un dólar en mi cuenta y tampoco tenía dónde dormir... Además aquello estaba lleno de botellas de *whisky*...

—¡Pues corre ahora si aún puedes correr! ¡Largo!

Monky fue a largarse. Y a toda prisa.

Estaba asustado.

Los efectos de la borrachera se le habían pasado en menos de medio minuto.

Pero la salida del callejón estaba bloqueada por los cinco hombres. Los cinco formaban una muralla humana imposible de desbordar.

Y los cinco lanzaron sus cuchillos a la vez.

Fue algo instantáneo.

Como un parpadeo de la propia muerte.

De los cinco cuchillos, tres fueron destinados a Terrell y sólo dos a Monky. Pero así como Terrell los esquivó fácilmente, con una agilidad que le acreditaba de consumado profesional, Monky no pudo hacer más que lanzar un grito.

Los dos cuchillos se habían hundido en su pecho.

Se tambaleó mientras la pared se teñía con un chorro de sangre.

Terrell no se entretuvo en verle caer. No había perdido el tiempo. Sacó la pistola que le habían proporcionado y disparó con ella la primera bala.

No sonó el menor estampido.

Sólo un leve taponazo, mucho menos que el ruido que hubiera causado un silenciador.

Uno de los vagabundos se estremeció hasta el fondo de los huesos. Todo su cuerpo dio un terrible salto, hasta estrellarse contra la pared. Por el sitio donde el proyectil le había herido —la mitad del pecho— surgió un alucinante chorro de fuego. Los otros cuatro también habían sacado armas.

Todo un catálogo que iba desde la «*Parabellum*» a la «Luger» último modelo, pasando por una «Smith-Wesson» de alta selección. Quizá las camisas de aquellos tipos no estaban lo bastante limpias, pero las armas no las mejoraba ni la escolta del presidente de Estados Unidos.

Y todas estaban provistas de silenciador.

Iba a ser una lucha sorda, una lucha de ratas donde no se admitiría la piedad. John Terrell disparó de nuevo.

Su segundo enemigo fue alcanzado en el vientre. El chorro de fuego le devoró hasta las entrañas. Cayó mientras lanzaba un

aullido que sin embargo, no llegó a, salir del callejón.

Y entonces fue cuando John Terrell se dio cuenta de que había calculado mal.

Aquello era demasiado estrecho.

No podía moverse con facilidad para esquivar los balazos. Y también había demasiada luz, porque habían colocado intencionadamente a la entrada del callejón un coche con los faros encendidos.

Lanzó una sorda maldición.

Eran más listos de lo que había imaginado aquellos condenados hijos de perra.

Pero no se inmutó demasiado. Disparó nuevamente... ¡y esta vez la bala falló! ¡Esta vez el proyectil dejó en el aire y en la pared una siniestra estela de *napalm*!

Los tres vagabundos dispararon a la vez.

Sabían hacerlo.

Más de uno de ellos había trabajado en sus buenos tiempos para el Sindicato del Crimen [4].

John Terrell se tambaleó.

No podía creerlo.

No podía concebir que le sucediera eso precisamente a él, el Inmortal.

Lanzó un gruñido sordo.

Vio la primera mancha escarlata en su pecho.

Se lanzó contra la pared.

Resbaló por ella.

La segunda mancha.

Lo extraño era que no sentía dolor.

Lo extraño era que no sentía nada, excepto un infinito odio.

Notó que arañaba los ladrillos del callejón.

Notó que sobre ellos iba dejando una estela roja.

Lanzó un alarido.

La tercera mancha.

Esta vez la bala le había hecho estallar el hígado. Los impactos eran mortales. Los tres asesinos estaban disparando a menos de cinco pasos y completamente a placer. Uno de ellos barbotó:

—Toma, perro.

Le propinó un puntapié al vientre.

El otro le acercó la «Luger» a la cara.

Terrell aún pudo barbotar:

—Nooooo...

Sabía que su cara quedaría irreconocible. Sabía que su cabeza se abriría en tres trozos. El asesino balbució:

—Sí, muchacho.

Y cerró el dedo sobre el gatillo.

Pero no llegó a mover el disparador. De pronto sintió en la cabeza aquel choque sordo, como si le hubiera alcanzado una piedra.

No se dio cuenta de que reventaba.

No se dio cuenta de que aquello era el fin.

Sólo llegó a lanzar un alarido cuando la segunda bala le atravesó el cuello de parte a parte, haciendo flotar en el aire una espuma roja.

Giró la cabeza con un último gesto de estupor.

Y vio al hombre que acababa de entrar en el callejón. Al intruso que sin duda, para llegar hasta allí, había tenido que matar al guardián que custodiaba el coche de los faros encendidos.

Vio que era un tipo alto, fuerte, atlético.

Seguramente era joven.

Pero no vio nada más.

Reventó y quedó hecho un ovillo junto al cuerpo de John Terrell.

Los otros dos asesinos se habían vuelto de golpe. Sus armas ladraron en dirección al hombre que acababa de irrumpir en el escenario, de la lucha.

Ninguno de ellos sabía aún que era Lewis Moser. Tampoco les hubiera importado caso de saberlo.

Le enviaron una rociada de plomo.

En la estrechez del callejón era casi imposible esquivar el ritmo brutal de las llamas. Pero o Lewis Moser había calculado muy bien la posición de sus enemigos o tenía la agilidad del diablo. Porque la rociada de plomo no le alcanzó a pesar de que parecía constituir un blanco fácil, pegado a la pared de ladrillo.

Las facciones de Moser estaban crispadas.

Llevaba un calibre 38.

Le hizo entonar en la penumbra una música macabra.

Los dos hombres que estaban allí en pie cayeron como fardos. Sus últimas balas picotearon la pared como rabiosos abejorros de plomo.

Uno de ellos, mientras se doblaban sus rodillas, logró apretar el gatillo de nuevo.

Lewis Moser había dado un fantástico salto a lo largo del callejón. Giró dos veces sobre su propio cuerpo mientras apretaba el revólver con ambas manos.

La bala tronó roncamente. El no llevaba silenciador.

El hombre que había logrado apretar el gatillo en un último espasmo quedó materialmente clavado en la pared.

Lewis Moser se acercó al fondo del callejón, todavía alumbrado espectralmente por los faros del coche. Miró el cuerpo retorcido y que aún tenía las manos crispadas sobre el último de los impactos. Sus ojos se entrecerraron como si no pudiera creerlo.

John Terrell, *el Inmortal*.

Tenía el cuerpo destrozado a balazos.

Pero aún sonreía.

Aún flotaba una mueca entre burlona y cínica en su boca.

John Terrell, el hombre que había salido de cien mil peligros.

El que no reventaba nunca.

¿Pero era posible que llegase a morir?

La mueca de sus labios se hizo más amarga, más cansada en los labios de John Terrell.

Barbotó:

—Era... era una chica estupenda... Al fin y al cabo es... es un buen final.

Y ladeó la cabeza.

Tenía el hígado materialmente destrozado.

Su pecho era una inmensa mancha roja.

Lewis Moser le vio desplomarse del todo. Lo vio quedar arrugado como un saco vacío. Lanzó una ronca maldición.

Había estado vigilando a John Terrell durante las últimas horas, pero el hecho de que fuese a aquel apartamento con una muchacha le desconcertó. La verdad fue que Lewis Moser no quiso intervenir antes para evitar que se produjese un tiroteo y que ella, la chica, fuera la víctima inocente. Pero ahora se daba cuenta de que había llegado demasiado tarde y que ya no sacaría una sola palabra a

John Terrell.

¿Tarde?

¿Había llegado tarde de verdad?

¿Qué significaba entonces aquel leve rumor de pasos a su espalda? ¿Qué significaba el contacto en su nuca de aquella respiración entrecortada, de bestia al acecho?

Se volvió.

Y entonces comprendió que sí, que en cierto modo ya era tarde para todo. Entonces vio aquellos ojos, aquella cara.

Apenas pudo balbucir:

—Sospechaba que eras tú, Peter Benedict...

La culata cayó sobre su frente.

Quizá Lewis Moser pudo haber disparado, pero no lo hizo porque matar al ingeniero Peter Benedict hubiera sido romper el último eslabón. Sólo intentó lanzar hacia adelante su mortífero puño derecho, el que tantos triunfos le había dado por la vía rápida, pero un nuevo culatazo hizo que le fallaran las fuerzas y se le doblaran las rodillas.

Sintió que sus ojos se nublaban.

Soltó el revólver.

Y notó que alguien le sacaba a rastras fuera del callejón, entre la luz irreal de los faros del coche.

Aún intentó moverse y saltar, pero un nuevo golpe en la nuca le dejó absolutamente sin sentido. Sólo notó de una forma confusa, lejana, irreal, que seguían arrastrándole.

Pero como si arrastraran a otro.

Hasta que todo se desvaneció para él. Hasta que los faros encendidos del coche parecieron tragárselo...

Nunca llegó a saber que había dejado tras sus huellas un espeso surco de sangre.

CAPÍTULO XI

EL HOMBRE QUE VOLVIÓ DEL MAS ALLÁ

Anderson, el alto agente de la CIA que tenía a su cargo la parte más sustancial del Plan K, paseaba por su despacho con la mirada perdida. Tenía las manos unidas a la espalda y se movía como un autómatas. Todos los que le conocían hubieran podido darse cuenta enseguida de que algo le preocupaba de tal modo que no le dejaba pensar serenamente. Y la mujer que estaba tras él, una de las secretarías más expertas de la Sección de Inteligencia, sabía que Anderson ya no era el que había sido y quizá tardaría meses en recuperarse.

Al parecer, se enfrentaba a algo más fuerte que su inteligencia.

Algo tan complicado que, al parecer, no podía penetrar en ello.

—Señorita Roberts —murmuró al fin, volviéndose de espaldas a la ventana, desde la que se divisaba con toda perfección el Capitolio de Washington—, creo que debería ir tomando ya notas de lo que le diga, a fin de redactar un informe sobre el Plan K. Ese informe irá directamente al presidente de Estados Unidos, y por ello tengo el máximo interés en que sea inteligible y claro. Si usted cree que alguna cosa es confusa o no queda bien explicada, no dude en decírmelo y en pedirme una ampliación de datos. Sólo así evitaremos tal vez el que me pierda en divagaciones.

—De acuerdo, señor Anderson.

—Empezaré por exponer lo que era en sus orígenes el Plan K. Se trataba, como usted sabe, y como se informó en su día al presidente, de obtener una máquina, lo más manejable posible y que pudiera lanzar una amplia dispersión de rayos Láser desde una base espacial. La base teórica ya la teníamos muy bien estudiada, al igual, supongo, que la tenían también otros países. Pero nosotros

disponíamos de la enorme ventaja de tener a nuestro lado a dos ingenieros que podían construir la máquina, es decir que podían transformar la teoría en práctica. Y en eso llevaban trabajando ya durante mucho tiempo.

La mujer, que iba tomando notas, asintió con la cabeza. Recordaba perfectamente todo aquello y sabía que no iban a ser necesarias más explicaciones para que lo entendiese a la primera ojeada el presidente de Estados Unidos.

Anderson continuó:

—Los sucesos inexplicables comenzaron a producirse cuando creíamos que ya todo estaba encarrilado. De pronto esos dos hombres murieron, teniendo por nuestra parte motivos para creer que se habían dado muerte uno al otro, en un absurdo suicidio. Y la máquina voló. Era como si se la hubiese tragado el infierno.

La secretaria seguía tomando notas y dando forma literaria a las palabras de Anderson.

Éste continuó:

—Encargamos de las investigaciones a Lewis Moser, que en mi opinión es uno de los mejores cerebros con que contamos y un hombre cuya fidelidad está fuera de duda. Al asunto le seguimos llamando el Plan K, aunque ahora tenía un aspecto completamente distinto. Lo primero que comprobó Moser fue que los dos ingenieros muertos habían tenido relaciones íntimas con cuatro mujeres, las cuatro artistas del género frívolo. Habían hecho viajes para verlas, viajes durante los cuales pudieron llevarse a piezas la máquina que el Gobierno de Estados Unidos les había ordenado construir. Era lógico pensar, pues, que por medio de aquellas mujeres trataban de vender la máquina a una potencia extranjera. —Naturalmente— dijo la señorita Roberts. —Es lógico.

—Tal vez, pero la lógica no ha brillado para nada en éste, caso —continuó Anderson—, al menos por ahora. Esas cuatro mujeres han muerto asesinadas en condiciones brutales e inexplicables. Hemos seguido sus vidas paso a paso y no ha podido comprobarse el menor contacto con espías extranjeros. Ellas, por lo tanto, no hacían de intermediarios para vender la máquina a una gran potencia. La verdad era que tampoco se conocían entre sí. Por otra parte, Moser cree que esas artistas eran una tapadera y que los dos ingenieros no tenían relaciones íntimas con ellas. Simplemente las

empleaban para salir con una excusa razonable de la base secreta de Nevada. Eso complica el misterio. Porque entonces, ¿qué hacían los dos ingenieros con las piezas de la máquina?

La señorita Roberts alzó levemente el bolígrafo con el que escribía. Y musitó mientras parpadeaba:

—Supongo que el presidente de Estados Unidos querrá respuestas, señor Anderson. Y usted no hace más que preguntas.

—Es que no tengo ninguna respuesta aún: ésa es la desgraciada verdad. Me limito a explicar a la Casa Blanca el estado en que el Plan K se encuentra ahora. Ya sabe usted que el Plan K tiene en este momento como único objetivo encontrar la máquina. Pues bien, Lewis Moser, que hizo investigaciones en medio mundo, tuvo suerte en el control de un cierto teléfono de Nueva York. Por él se enteró de que un hombre llamado John Terrell pedía ayuda.

—John Terrell... —dijo la secretaria con voz celada—. ¿No había sido un famoso corredor automovilista?

—Y otras cosas. John Terrell era uno de los aventureros más audaces y más cínicos que existían en el mundo. Había llegado a salir de tantos peligros que ya le llamaban el Inmortal. Incluso llegaba a decir que, si algún día le mataban, conseguiría que su alma se instalase en el cuerpo de otro. Sí, ya sé que eso, para nuestra mentalidad de occidentales, es un imposible, aunque millones de seres de religiones orientales crean a pies juntillas en esa posibilidad. Pero no quería ahora hablar de eso. Lo que Lewis Moser averiguó con esa llamada fueron tres cosas muy importantes, tres cosas que lo cambiaban todo.

—¿Cuáles eran?

—El mismo me las resumió en el informe verbal que me hizo muy poco después. En primer lugar, a John Terrell le perseguían unos vagabundos que sin duda querían vengar la muerte de varios de sus compañeros. En efecto, algún vagabundo había muerto en circunstancias misteriosas en los vertederos de algunas ciudades. Según Lewis Moser, eso significaba algo asombroso.

—¿Qué?

—Los dos ingenieros encargados de la construcción de la máquina... ¡HABÍAN DECIDIDO DESTRUIRLA!

La voz de Anderson había sido ronca.

La secretaria arqueó una ceja.

Por un momento había quedado sin respiración.

El bolígrafo había resbalado de entre sus dedos y tuvo que hacer un notable esfuerzo para recogerlo, como si fuera un gran peso.

Al fin musitó:

—¿Destruirla? ¿Por qué?

—Moser opina que por razones de humanidad. Esos dos hombres tenían una honda fe religiosa. Supongo, o al menos lo supone Moser, que la desesperación se fue apoderando de ellos al darse cuenta de que estaban trabajando para el fin de la Humanidad. Al comprender que daban a su país una arma de guerra con la cual podría destruir a los otros. Y entonces idearon lo de esas cuatro artistas frívolas.

—¿Para qué?

—Ya le he dicho que para tener un motivo de salida que a todo el mundo le pareciera razonable. Según la opinión de Moser, en cada viaje se llevaban piezas sueltas de la máquina... ¡y las lanzaban en lugares donde no serían encontradas jamás! ¡En los inmensos vertederos de metal que hay en Estados Unidos!

Otra vez la voz de Anderson había sido ronca. Otra vez la secretaria sintió que el bolígrafo estaba a punto de resbalar de entre sus dedos.

Balbució:

—No es posible...

—Sí que es posible, señorita Roberts. Se trataba verdaderamente de un plan sencillísimo y diabólico a la vez. Puesto que las piezas de titanio eran casi indestructibles, mientras esos dos hombres fingían ir a ver a las artistas las mezclaban con los millones de pedazos de chatarra que hay en los vertederos desde Nevada hasta el Atlántico. Las convertían sencillamente en agujas en un pajar. Nadie las encontraría jamás. Ni aunque las buscaran por los siglos de los siglos. De ese modo la máquina no sería construida nunca. Pero hubo algo más, señorita Roberts, algo que me ha destacado especialmente Lewis Moser y que tengo el mayor interés en destacar también ante el presidente de Estados Unidos: para que no hubiese la menor posibilidad de que la máquina fuera reconstruida por otros... ¡se tragarón los planos y luego se quitaron la vida recíprocamente! Fue un doble suicidio con el que supongo que trataban de salvar a la Humanidad. Por mi parte creo que hubo

también una racha de locura, puesto que nada les obligaba a una decisión tan extrema y tan poco acorde con sus creencias religiosas. Pero es un hecho que no podemos discutir, y creo que Lewis Moser tiene razón en sus deducciones: se quitaron la vida por eso.

Dio unos pasos más por la habitación. Sus ojos estaban nublados. Su cerebro parecía trabajar a una presión, endiablada, pero para llegar a soluciones desconsoladoras, soluciones que no le resolverían nada al presidente de Estados Unidos. Continuó:

—A partir de ahí, Lewis Moser ha llegado a una segunda conclusión: alguien quiso reconstruir la máquina, sin duda para venderla a una potencia extranjera a cambio de un auténtico tren de oro. Ese alguien encomendó a John Terrell una misión casi imposible: encontrar las piezas dispersas en los vertederos del país.

—¿Por qué ese hombre podía hacerlo mejor que otros? —murmuró la señorita Roberts.

—Por varios motivos: uno de ellos era su tenacidad y su enorme inteligencia, unida a una falta de escrúpulos total. Otra era su fabulosa memoria. John Terrell resultaba capaz de recordar línea por línea los planos de una máquina o un edificio que sólo hubiera ojeado una vez. Su cerebro era una cámara fotográfica de primerísima clase. Suponemos que había visto en alguna ocasión el proyecto del Plan K y lo recordaba línea por línea. Por otra parte, él también era un gran técnico. Partiendo de lo que sabía, era capaz de reconstruir la máquina si encontraba unas piezas que le resultaban lo bastante conocidas. Por ello movilizó a una serie de vagabundos a fin de que buscaran en los vertederos. No en todos los del país, ya que entonces hubiera sido imposible el éxito, sino en unos cuantos cercanos a los lugares en que actuaron las cuatro artistas, y por lo tanto cercanos también a los lugares que habían visitado los dos ingenieros. Hay pruebas para creer que el éxito le sonrió, por extraño que al principio pareciera.

La secretaria había escrito con letra temblorosa. No podía negar que se sentía excitada.

Al fin alzó la cabeza.

Anderson había dejado de hablar y paseaba otra vez como una fiera enjaulada.

Ella musitó:

—Entonces, si obtuvo el éxito, ¿por qué mató a esos

vagabundos?

—Supongo que por una razón —dijo Anderson—: porque ellos debieron imaginar que había algo muy importante tras sus hallazgos y se pusieron intratables. A partir de esos momentos, para un hombre sin escrúpulos como John Terrell sólo había un camino: enviarlos al Más Allá.

—¿Y cree que el propio Terrell asesinó a esas cuatro artistas?

—Estoy seguro.

—¿Qué motivos tenía para hacerlo?

—Supongo que desorientarnos por completo. Si nosotros creíamos que eran esas mujeres las que tenían las piezas de la máquina, las perseguiríamos hasta el mismo infierno. Su muerte reforzaría esta creencia: las habían liquidado para que no hablasen. Entonces nos hartaríamos de investigar entre sus relaciones y perderíamos con ello un tiempo precioso, el tiempo que John Terrell necesitaba para encontrar las piezas, una a una, y reconstruir la máquina en un alarde de inteligencia que le acreditaba como uno de los mejores cerebros de nuestro tiempo.

Encendió un cigarrillo con gestos nerviosos, dejó de andar y apuntó con el dedo a la muchacha. Luego añadió:

—Pero John Terrell acabó teniendo muy mala suerte en su plan. Y la mala suerte nos ha acompañado a nosotros también.

—¿Por qué?

—John Terrell ha muerto.

La mujer dejó caer las manos sobre el papel con desaliento. Entonces se dio cuenta de que todo el rato habían estado hablando de aquel hombre en tiempo pasado, como si ya no existiera. Pero ella ignoraba la noticia de su muerte. Con voz velada musitó:

—¿Quién acabó con él?

—Cometió el error de menospreciar a los vagabundos que pululan de un lado a otro del país. No se dio cuenta de que forman como una especie de implacable Mafia. Le acorralaron en Nueva York y le dieron muerte. Ahora sabemos que la máquina no será jamás reconstruida. Ahora sabemos que el último eslabón se ha perdido para siempre. Lo único que conocemos es el nombre del culpable, es decir, el hombre que contrató a John Terrell para que llevase adelante su diabólico plan. Pero eso ya nos sirve de bien poco. Es una especie de premio de consolación.

La mujer susurró:

—¿Conoce al culpable? ¿Debe indicarse eso en el informe que irá a manos del presidente?

—Claro que sí. El que contrató a John Terrell es un ingeniero llamado Peter Benedict. Tenía noticia de la existencia de la máquina porque él hizo una importación de metales especiales para construirla. Sabía también a qué sitios eran enviados y eso le permitió averiguar muchas cosas, las cuales puso luego en conocimiento de Terrell. El control de su teléfono lo desveló todo. Lo malo es que Peter Benedict ha desaparecido y... y Lewis Moser también.

—¿Hay alguna relación entre ambas cosas?

—No lo sé, pero me temo que sí. He pensado que Moser ha podido caer muy bien en las manos de Benedict.

Dejó caer el cigarrillo, del que apenas había fumado, y dijo con voz opaca:

—Como es lógico, hemos detenido a su hermana, pero ella no sabe nada. Aunque trabajaba con Peter, en este asunto estaban completamente distanciados. Hemos intentado sacarle información sin provecho alguno. No habrá más remedio que dejarla en libertad y habremos perdido el tiempo, porque estoy seguro de la inocencia de esa mujer. Pero era un paso que teníamos que dar. No había más remedio que interrogarla.

—Lo comprendo muy bien.

—Buscamos a Peter Benedict con todos nuestros medios, y la policía de todo el país está movilizada. Quiero que destaque eso especialmente en el informe al presidente. No escatimamos ningún medio. Incluso nuestros helicópteros sobrevuelan el océano por si hubiera tratado de huir por vía marítima. Pero mucho me temo que Peter Benedict tiene un refugio absolutamente seguro y que nunca daremos con él.

Encendió otro cigarrillo con movimientos maquinales. Ya no recordaba que acababa de lanzar el primero.

—Diga todo eso en el informe —musitó—. Usted sabe cómo vestirlo de modo que las cosas ligen bien, señorita Roberts.

Y dio media vuelta.

De pronto se dio cuenta de que ella no escribía.

Estaba ansiosa, anhelante.

De pronto Anderson recordó que ella conocía a Lewis Moser, aunque hasta el momento hubiera fingido lo contrario. Recordó también que, como tantas otras mujeres, la otoñal señorita Roberts podía haber estado secretamente interesada por él.

—¿Qué ha sido de Lewis? —preguntaron temblorosamente los labios femeninos—. ¿No sabe si ha muerto? ¿No han encontrado ninguna pista? ¿No saben nada?

—Nada —musitó Anderson con un gesto de desaliento—. Nada en absoluto, señorita Roberts.

Y lanzó el segundo cigarrillo.

Pero el importante Anderson, uno de los hombres de confianza del presidente de Estados Unidos, se hubiese tragado el cigarrillo entero caso de, saber la verdad. Caso de saber que en aquel momento Lewis Moser paseaba por una calle de Nueva York.

Y que, como si viniera del Más Allá, iba en busca de una mujer, la última mujer que en vida había amado John Terrell.

CAPÍTULO XII

UNA OSCURA SOMBRA EN EL PASADO

Fue ella misma la que le abrió la puerta.

Desde su «boda» con John Terrell, vivía sola en aquel oscuro apartamento de la calle Cuatro, situado cerca del puente de Manhattan. Marta no había tenido valor para afrontar una explicación con sus padres ni había tenido valor tampoco para confesar a ninguna persona de este mundo hasta qué punto estaba destrozada su alma. La hermosa muchacha no era más que una sombra que ansiaba desaparecer, una oscura bestezuela que había buscado refugio en lo más recóndito de la ciudad, deseando que todo el mundo la olvidara.

Por eso se sorprendió tanto cuando llamaron a la puerta.

Y por eso se sorprendió aún más al ver el rostro de Lewis Moser.

—¿Quién es usted? —musitó—. ¿Qué quiere?

Aunque se la notaba nerviosa, quería ser amable. Su voz era educada y suave. También reflejaba suavidad el rostro de Lewis Moser.

Sonrió amablemente.

—Perdone, Marta —dijo—. No quisiera molestaría.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Cómo sabe que vivo aquí?

Él musitó:

—Sé muchas cosas sobre usted. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro... Pa... pase.

Ella parecía desconcertada.

Se hizo a un lado para que el joven entrase. Lewis Moser apreció de una ojeada sus esbeltas piernas, su figura perfecta, sus ojos levemente rasgados, su boca fresca y jugosa, aquella boca que John Terrell había querido destrozar antes de morir, como último placer

de este mundo.

—Gracias —musitó—. Repito que no quiero molestarla.

Y dirigió una ojeada a la habitación. Paseó una mirada circular por ella.

Hizo entonces algo muy extraño.

Había un cuadro en la pared.

Un cuadro perfectamente colocado.

Lewis Moser se acercó a él y lo torció ligeramente.

Desde el otro lado de la calle, desde un apartamento que había alquilado exprofeso porque sabía que Lewis Moser acabaría viniendo allí, un hombre contemplaba con satisfacción la escena.

Era un especialista muy conocido en los círculos metalúrgicos de Manhattan, un ingeniero llamado Peter Benedict.

Encajó bien los prismáticos en las cuencas de sus ojos.

Lo veía todo tan perfectamente como si estuviera dentro de la habitación de Marta.

Y le gustó el detalle del cuadro.

Le gustó tanto que una sonrisa complacida, turbia, vehemente, apareció en sus labios.

Marta había quedado como alucinada durante unos instantes. Le pareció ver repetida una escena que de pronto daba a su vida un significado distinto. Tuvo que cerrar los ojos porque le parecía un extraño, un increíble sueño.

Balbució:

—¿Por qué? ¿Por qué ha hecho eso con el cuadro?

Lewis Moser sonreía suavemente.

En sus ojos había una chispita de dulzura.

—¿Es que le recuerda a alguien? —musitó.

—Dígame... ¿por qué lo ha hecho?

Él seguía sonriendo, pero no contestó. Mientras abarcaba de nuevo la modesta habitación con los ojos susurró quedamente:

—En cambio parece que no me recuerda a mí.

Los párpados de Marta temblaron.

Tenía entrelazados los dedos a la altura de su barbilla. Y también aquellos dedos temblaban levemente.

—¿Cómo he de recordarle a usted? —susurró—. ¿Por qué?

—Pocos hubieran podido pensar entonces que aquél era el

nacimiento de una extraña historia —dijo Lewis suavemente—. Usted vivía en Salem, Massachusetts, y era la hija de un juez. Cada tarde salía a cuidar el jardín. Y yo cada tarde la miraba.

—¿Usted... me conocía entonces?

—Y estaba enamorado de usted —dijo Lewis Moser con la mayor sencillez—. Hay cosas que ya no recuerda, Marta, porque están como perdidas en el tiempo, pero sí debe recordar en cambio la tarde en que hubo un tiroteo en su calle. Dos atracadores eran perseguidos por un coche patrullero, y el brutal reparto de balas estuvo a punto de acabar con usted. Un muchacho la salvó arrojándose a sus pies.

Lewis Moser se alzó un poco la pernera del pantalón para mostrarle la pantorrilla derecha. Allí se marcaba aún nítidamente la vieja cicatriz de la bala.

—Me tuvo inmovilizado durante bastante tiempo —dijo—, pero ya no es más que un viejo recuerdo.

Los dedos de Marta seguían temblando junto a sus labios.

Lo miraba todo como si estuviera alucinada.

Musitó con un hilo de voz.

—Usted es... es...

Rompió a llorar. Hubiera querido evitarlo, pero rompió a llorar; Cayó en los brazos de Lewis Moser, desmadejada y sin fuerzas, como hubiera caído en plena calle.

Lewis Moser la acogió en ellos.

Era la segunda vez que la tocaba en quince años.

El trueno lejano retumbando sobre los rascacielos de Manhattan hizo que se estremeciera.

—¡Qué lástima! —bisbiseó—. Me horroriza la tormenta...

CAPÍTULO XIII

UN MENSAJE PARA ANDERSON

En su despacho desde cuyas ventanas se divisaba nítidamente la cúpula del Capitolio, en Washington, el hombre que movía tantos hilos en la todopoderosa CIA se sentía desamparado como un niño. No sólo estaba fracasando, no sólo los acontecimientos le habían desbordado, sino que además no sabía por qué lado enfocarlos... ¡Y encima sólo le faltaba aquella extraña carta!

—Señorita Roberts —musitó.

—Diga, señor Anderson.

—¿Ha llegado ya algún comentario del presidente de Estados Unidos al informe que le enviamos? ¿Alguna respuesta?

—No, señor Anderson. De lo contrario se la hubiera pasado inmediatamente como materia de la mayor importancia.

—Tiene razón... —Anderson se pasó una mano por los cansados ojos—. Hay momentos en que no sé lo que pienso. ¿Ha hecho analizar esta carta?

—Sí, señor Anderson. Papel neutro que puede encontrarse en cualquier sitio, ausencia total de huellas y una máquina de escribir que había sido usada por primera vez, o sea que no tiene ningún defecto que la distinga de las otras. El que la ha enviado conoce el oficio bien.

Anderson se sentó tras su mesa.

Estaba cansado, terriblemente cansado.

Llevaba dos noches sin dormir.

Su mirada se paseó por la carta que era en realidad un informe. Lo malo era que resultaba, en principio, imprescindible para él. Decía:

«La memoria nos permite actualizar y evocar algo intelectual, afectivo, sensorial, ocurrido en el pasado. Cuanto más pronto actualizamos una experiencia adquirida hace mucho tiempo, más memoria decimos tener. Pero lo evidente por ahora es que la memoria siempre se aplica a algo personal, captado por el sujeto rememorante y no por otro. Tal vez llegue un día en que podamos tener memoria de los conocimientos que adquirió otra persona, y si no véase la experiencia que acaba de efectuar el doctor George Ungar, de la Universidad de Houston, en Texas.

»Hace un par de años, este bioquímico dio a conocer sus trabajos con ratones. Afirmó haber descubierto en el cerebro de estos animales un compuesto químico que permitía se produjesen unos fenómenos memorísticos de indudable originalidad. Tal compuesto — denominado “escotofobina”— puede ser la base de unas asombrosas “inyecciones de memoria”.

»El doctor Ungar mantuvo dos ratones en perfecta oscuridad durante un largo tiempo. El propósito era que sintiesen pavor ante las tinieblas. Luego, extractos del cerebro de los cobayas fueron inyectados en ratones que no habían estado en el cuarto oscuro. Acto seguido, los bichos tratados manifestaron terror ante la oscuridad.

»*Nature*, la famosa revista científica inglesa, ha publicado ahora una nueva noticia relativa al doctor Ungar. El científico de Houston ha identificado la «escotofobina» como una péptida que, según él, podrá ser aislada en laboratorio. Si se consigue, al inyectarla en animales se les produce un verdadero terror ante la oscuridad. ¿Y si se inyecta en un hombre?

»Otra pregunta: ¿La “escotofobina” se produce en el cerebro de los ratones cuando estos sufren miedo en las tinieblas o es un compuesto químico capaz de “transportar” las experiencias de un sujeto a otro? El tiempo lo dirá. También dirá si es posible inyectar a un ser humano el miedo o los conocimientos, los

recuerdos, la sabiduría de otro ser humano...»

Nada más.

Éste era el informe.

Anderson no entendía de dónde había venido ni dónde infiernos estaba su utilidad.

Pero ya le había hecho pasar dos noches sin dormir. Y las que pasaría. Y mientras tanto su mujer creyendo que le quitaba el sueño alguna chica...

CAPÍTULO XIV

UNA PUERTA EN LAS TINIEBLAS

El hombre entró precipitadamente en el bar. Daba la sensación de que le estaban persiguiendo. Dibujaba en su rostro una leve, una incomprensible mueca de terror.

Porque la verdad era que no le estaba persiguiendo nadie. El camarero lo comprendió de pronto.

¡Aquel hombre tenía miedo de la tormenta!

¡Tenía miedo de la lluvia y de los rayos que en este momento cubrían Nueva York!

Con una burlona sonrisa preguntó:

—¿Qué, amigo? ¿Se ha mojado?

Lewis Moser no contestó.

Parecía increíble que él, tan joven y tan fuerte, tuviera miedo de aquello.

Pero no empezó a tranquilizarse hasta que estuvo en el fondo del local. Pidió un *whisky* doble, lo bebió a largos tragos y esperó unos instantes a que vinieran a buscarle.

No tuvo que esperar demasiado.

Un hombre que tenía una cicatriz en la cara y arrastraba un poco la pierna derecha, vino a su encuentro poco después. Pasó por su lado y, sin detenerse siquiera, dijo una cosa muy extraña.

Aquella cosa tan extraña fue ésta, breve frase:

—Vamos, Terrell.

Lewis Moser se despegó de la silla.

Dejó en la mesa el importe del *whisky* doble.

Salió tras él.

Un coche negro aguardaba en la puerta, bajo la lluvia. Lewis Moser miró con prevención el aguacero que se estaba desplomando

sobre Manhattan y se metió en el coche con un gesto que hubiera podido identificarse como miedo. Todo aquello resultaba incomprensible en un tipo como él. Cuando Peter Benedict se situó al volante, sus labios se limitaron a preguntar:

—¿Adónde me lleva?

—Al almacén donde estaba siendo ordenado y clasificado el material. Hay el suficiente para que la máquina pueda empezar a ser reconstruida. El resto lo encontraremos.

Lewis Moser no contestó, no hizo ningún comentario. Su mirada parecía perdida en el vacío. Diríase que por sus ojos miraban los ojos de otro.

Llegaron al silencioso y destartado almacén donde John Terrell ya había recibido a uno de los vagabundos que le traía material. Eran los Grandes Almacenes Robinson. Unas bombillas amarillentas, pero de singular potencia, brillaban entre aquel silencio hostil y cargado de presagios. Las piezas de titanio que habían costado tanta sangre estaban alineadas allí, sin utilidad aparente, aguardando tan sólo que un cerebro director las ordenase y ensamblase.

Dos cerebros directores habían empezado aquella tarea.

Los de los ingenieros Weygand y Topper.

Pero ellos mismos la habían destruido y habían hecho lo posible, en bien de la Humanidad, para que nadie pudiera continuar su tarea.

Luego aquello hubiera podido reconstruirlo el cerebro privilegiado de John Terrell.

Pero John Terrell estaba muerto.

¿Muerto?

Peter Benedict murmuró:

—Me he jugado mucho con esto, Moser, porque sé que la policía me persigue. Pero ya estamos en lugar seguro y vamos a trabajar sin descanso. Tú sabes lo que sabía Terrell.

Lewis Moser movió un momento sus ojos que no tenían luz.

Aquellos ojos por los que parecía mirar el cerebro de otro.

—¿Por qué dice eso? —musitó—. ¿Qué me sucedió después de ser golpeado? ¿Qué me pasa?

—Un hombre como tú debiera haberlo comprendido antes —dijo Peter Benedict suavemente—, especialmente por el hecho de que tú mismo me diste la idea. Llevabas encima el informe sobre la

«escotofobina» y el sistema para obtenerla. Confieso que te saqué del callejón para registrarte con más calma y luego matarte, pero al leer aquello cambié totalmente de opinión. Disponía aún del cadáver de John Terrell, el cual saqué también del callejón y al que abandoné luego, y por lo tanto estaba en situación de extraer la «escotofobina» de su cerebro. No yo directamente, claro, pero mi dinero me permitía alquilar los servicios de científicos de Nueva York que estaban al tanto de la materia. Tres días duró una especie de carrera frenética contra el tiempo, a fin de obtener el líquido que necesitábamos, y sólo dos minutos duró el administrarte la inyección a ti. A partir de ese momento te he observado paso a paso. No sólo a veces te vuelves cuando te llaman Terrell, sino que has ido en busca de la mujer que él amó, y además has hecho sus mismos gestos. También tienes sus mismos temores. Eres el mismo John Terrell, pero con otro cuerpo. Sencillamente, su cadáver lo llevas puesto encima.

Señaló las piezas de la máquina, las bombillas amarillentas, la hostil oscuridad que se extendía más allá, llenándolo todo.

—Por consiguiente también tienes sus recuerdos —dijo—. Tú eres el único hombre en el mundo que sabe trabajar en estas piezas, que sabe componer la máquina. Trabaja en ella y te cubriré de oro. Te pagaré lo que le pensaba pagar a él. De lo contrario...

No añadió más. Una especie de mirada lívida y gris, una mirada de fiera dispuesta a saltar partió de sus ojos.

En realidad no hacían falta más palabras.

Benedict estaba seguro de que no sólo había logrado transferir los recuerdos y las emociones de John Terrell, sino su ambición, su falta de escrúpulos, su moral de hombre para quien la moral no existía.

Lewis Moser preguntó:

—¿Y si yo hubiese vuelto junto a Marta porque la conocía desde hace muchos años? ¿No cree usted en eso?

—Tonterías, tú has vuelto solo porque te gusta como le gustaba a John Terrell. Porque te vuelve loco.

—¿Y si yo sólo quisiera acorralarle, Benedict? ¿Y si yo quisiera solamente que me trajese aquí, para saber dónde tenía las piezas? ¿Para apresarle sencillamente con las manos en la masa?

Benedict se estremeció un momento.

No le habían gustado nada aquellas palabras.

No le había gustado el tono de la voz.

Pero lanzó una risita breve.

Era absurdo.

Él le había visto temblar ante la tormenta. Él le había visto descolocar los cuadros como lo hizo en otro tiempo Terrell...

—John Terrell —dijo—, fue empleado de un museo en la adolescencia. Su misión era, cada noche, después de las visitas, colocar bien miles de cuadros que, podían haber sido rozados por dedos poco respetuosos. Odió tanto, esa tarea que al liberarse de ella juró no dejar nunca un cuadro bien colocado. Era para él no sólo una manía, sino también una especie de salvación moral. Y tú también lo has hecho. Eso no se improvisa...

—¿Y si yo hubiera conocido a John Terrell hace años, cuando en Salem, Massachusetts, era empleado de ese museo? ¿Y si todo esto lo hubiera hecho para fingir, Benedict?

El ingeniero estaba lívido.

Empezó a pensar que todo aquello podía ser una trampa.

Una diabólica trampa tendida por un hombre más hábil, más astuto, más inteligente que él.

Un especialista del «jaque mate».

Si le pescaban con las piezas no sólo no tendría salvación, sino que además el Gobierno de Estados Unidos podría reconstruir la máquina.

Vio entonces aquella luz inteligente en los ojos de Lewis Moser.

Demasiado inteligente.

Lanzó un gruñido de fiera acosada mientras sacaba su pistola. Comprendió entonces, sólo entonces que había sido cazado en su propia trampa. Apretando los dientes, intentó disparar.

Pero en este terreno no podía nada contra Lewis Moser.

Lewis Moser era un auténtico especialista y disparó con mucha más rapidez que él. Pudo haberle matado fácilmente, pero el agente especial tenía una desventaja: quería cazarle vivo.

Eso hizo que sólo le rozara.

Benedict lanzó un grito sordo.

Corrió locamente hacia las profundidades del almacén mientras se cubría con el fuego de su arma. Lewis Moser hubo de pegarse al suelo para no ser acribillado, mientras disparaba a su vez.

Ahora tenía en contra suya otra desventaja: No conocía el almacén. Las luces amarillas bailaban ante sus ojos. Y a poca distancia empezaba un aniquilador mundo de tinieblas.

Lewis Moser corrió pegado a la pared.

Había perdido la pista de su enemigo.

Bruscamente, en cuestión de segundos, todo había cambiado. Creía tener todos los naipes en la mano cuando de pronto se quedaba solo con un triunfo que no podía utilizar.

Avanzó entre las sombras.

El revólver parecía formar parte de su mano. Sabía que, moviéndose en aquella dirección, cortaba el camino a Benedict y éste no podría huir. Pero debía moverse con el silencio de una serpiente para no recibir por sorpresa una bala entre las cejas.

Distinguió entonces una puerta en la oscuridad. Había una cierta claridad más allá.

Avanzó.

Había contenido la respiración. Sus nervios le dolían como si los estuvieran pinchando con un millón de alfileres.

Había perdido la noción del tiempo.

No sabía cuánto duraba ya aquella persecución.

Y de pronto creyó que soñaba.

De pronto vio aquellas piernas fabulosas.

Aquellos ojos profundos.

Aquella boca jugosa.

—¿Busca a mi hermano? —susurró ella—. ¿Qué es lo que pasa realmente, Lewis Moser?

CAPÍTULO XV

EL AULLIDO DE LA BALA

Ahora sí que a Moser le fue difícil respirar.

Le pareció inconcebible.

¡Nancy Benedict allí!

¡Nancy Benedict, la hermana del fugitivo!

—¿Pero qué es esto? —balbució—. ¿Nancy...? ¿Qué hace aquí?

—Eso es lo que quisiera saber yo —dijo ella—. Peter me ha citado aquí y he venido. A continuación oigo disparos y aparece usted. ¿Qué infiernos significa esto?

Lewis Moser suspiró con desaliento.

No le gustaba hablar con Nancy de un asunto tan turbio, puesto que ella, además, no tenía ninguna culpa.

Ella desconocía los sucios manejos de su hermano Peter.

—De todos modos es necesario que se lo diga —murmuró, siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Peter está metido en un asunto sucio y necesito dar con él. Sólo hablándome con franqueza y evitando que caiga en manos de la policía tendrá alguna posibilidad de salvarse.

El terror brilló por un momento en los hermosos ojos de la muchacha.

Parecía totalmente desconcertada.

—¿Un asunto sucio? —musitó—. ¿De qué clase?

—No puedo explicárselo ahora, Nancy. Dígame sólo cómo puedo encontrar a su hermano. ¡Usted debe saberlo!

Aquella preciosa muñeca de carne que era Nancy Benedict vaciló.

Parecía no creer las palabras de Lewis Moser.

Pero al fin dijo con decisión:

—Conozco su domicilio de Manhattan. El sitio donde vive ahora. Vamos.

Parecía completamente resuelta a acabar aquello de una vez. Los dos salieron por un lado del almacén, donde se amontonaban pilas de maderas y donde esperaba un rápido y elegante «Corvette» azul. Ella se situó al volante.

Rodaron a poca velocidad para salir de aquel laberinto.

Luego ella dio más gas.

—Prométame que no le pasará nada a Peter —exigió en voz baja—. Prométame que ante todo podremos tener una conversación los tres.

—Por supuesto que se lo prometo, Nancy. Esto entra en el trato.

Ella giró.

Iba a entrar en la autopista.

Y de pronto detuvo el coche. De pronto movió algo. De pronto Lewis Moser sintió el contacto de una pistola que le apuntaba entre las costillas.

Y la voz helada preguntó:

—¿Es que no habías llegado a imaginarlo, aspirante a cadáver?

La voz helada... ¡La voz suave, felina, medio de hombre medio de mujer, la voz que era *la de Peter Benedict*!

—¿Por qué creías que no se nos veía nunca juntos? —bisbiseó Nancy con un gesto de desprecio, mientras hacía más patente su amenaza—. ¿Por qué piensas que en la Universidad nos matriculamos alternadamente en cursos distintos? ¿Por qué crees que llevaba ostensiblemente damiselas de vida fácil a los hoteles, cuando iba vestida de hombre, sino para que nadie sospechara ni de lejos que Peter Benedict era una mujer? A esas «señoras» les daba una buena propina y fingía ser un tímido que a última hora no se atrevía con ellas. ¿Y por qué crees que, la única vez que «coincidimos» Peter y yo en la oficina te hice esperar cinco minutos? ¡Los que necesitaba para cambiarme, para quitarme la cicatriz, para desprenderme del vendaje que mantenía rígida mi pierna derecha y para quitarme las lentillas que afeaban mis ojos! Fingí una conversación con Peter cuando en realidad hablaba con uno de los empleados, todos los cuales eran de absoluta confianza y estaban al corriente de la tramoya. Con la doble personalidad me aseguraba siempre una escapatoria, Moser, pero tú has estado a

punto de llegar demasiado lejos. Tú ya no puedes vivir. Lo siento porque la máquina que me hubiera proporcionado millones ya no se hará nunca, pero tú no representarás ningún peligro. Lo siento, muchacho. Lo siento por tu inteligencia y la de Terrell reunidas. Ahora ya conoces de verdad a Nancy Benedict.

Fue a apretar el gatillo. Moser no tenía salvación.

Tampoco la buscó.

Pensó sencillamente: «Jaque mate».

Y estaba tan asombrado que no le importó morir. Esta vez había sido vencido, había sido desbordado. Nunca imaginó, ni en sueños, que Peter y Nancy Benedict fueran una sola persona.

Susurró:

—Dispara, muñeca. Dispara... Siempre es mejor que a uno le mate al menos una chica guapa.

Oyó el estampido de la bala.

¿Pero por qué el proyectil silbaba?

¡Si lo tenían que haber disparado al lado!

¿Por qué, entonces, parecía venir de tan lejos?

¿Por qué se había roto el parabrisas?

¿Por qué aquel orificio infernal en él?

¿Y por qué la sangre de Nancy Benedict?

¿Por qué aquella espantosa mancha roja?

¿Por qué? ¿POR QUÉ...?

Fue el propio Anderson el que abrió la puerta. Anderson, que aún empuñaba el rifle de precisión con visor de rayos infrarrojos.

El joven dijo desmayadamente:

—Pudo haberme dado a mí, maldita sea.

—Ni lo piense. Tengo demasiada puntería para eso, y el visor de rayos infrarrojos permite ver en la oscuridad.

—Quizá más le hubiera valido equivocarse.

—No parece demasiado animado, Moser. ¡Después de que al final descifré su informe! ¡Después de que di con usted y le hice seguir!

—No era tan difícil. No traté de ocultarme.

—¿Y esa mujer? —El jefe de la CIA pareció fijarse por primera vez bien en ella—. ¡Por todos los infiernos! ¿Qué hace aquí Nancy Benedict?

—Eso es justamente lo que impide que sienta la alegría del

triunfo —musitó débilmente el joven—. Hay victorias que saben amargas.

Y se apeó del «Corvette».

Hubiera querido no hablar con nadie.

Pero tuvo que notar a la fuerza la mirada triunfal en los ojos de Anderson.

—Moser —susurró.

—¿Qué?

—¿Es cierto lo del informe? Hice investigaciones urgentes en la Universidad de Houston. ¿Es cierto que usted sabe ahora lo que sabía ese canalla de John Terrell?

—Sí. Llevo su cadáver puesto.

—Pues puede hacer feliz a Marta...

Lewis Moser rió quedamente, sin ganas.

—Aunque le parezca mentira, y hasta que se acostumbre a mi personalidad real, ése es mi único consuelo.

—Y puede... ¡puede reconstruir la máquina! ¡Es una gran victoria para Estados Unidos!

Los ojos de Lewis Moser brillaron.

Brillaron con inteligencia.

Y con una chispita de humanidad en su fondo.

Recordaba a los dos ingenieros muertos.

Recordaba lo de Nevada.

Lo recordaba todo.

—Sí —dijo—. Reconstruiré la máquina.

Pero hubo algo que no dijo.

Que no diría nunca.

La reconstruiría de forma que no sirviese para nada.

En todo caso, a lo mejor, podría ser utilizada como cortadora de césped.

Chascó dos dedos.

—Ya verá qué triunfo —dijo—. Se lamerán los bigotes. Y ahora lléveme junto a Marta, por favor. Hay una mujer que me necesita... Hace quince años que me está necesitando sin que ella lo sepa.

Y se alejó del «Corvette».

Se alejó entre las sombras.

Seguido por Anderson, que ya se había puesto a soñar (eso no cuesta trabajo) en un importante ascenso.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] McCarthy fue un senador famoso por anticomunismo, como muchos lectores recordarán. Veía comunistas por todas partes; se le aparecían como fantasmas hasta en la sopa. Tanto es así, que sus contemporáneos le llamaron «el cazador de brujas». Fue él quien montó espectaculares procesos contra altas figuras científicas y artísticas norteamericanas acusándolas de colaboración con Rusia. Dos hechos provocaron su temprana caída política y su casi inmediata muerte; se demostró que en la mayor parte de sus acusaciones se había equivocado, y se le ligó además a un oscuro asunto de homosexuales. En cuanto a Allen Dulles, jefe superior de la CIA, colaboró con entusiasmo en esta tarea. El presidente Kennedy tuvo que prescindir de él después del fracaso del desembarco en Cuba, llamado de la Bahía de los Cochinos. < <

[2] Oppenheimer, en efecto, fue uno de los grandes teóricos de la primera bomba atómica, que sin sus estudios no habría llegado a ser realidad hasta bastantes años más tarde. También se le acusó de filocomunista y compareció ante un tribunal. < <

[3] Mientras uno está jugando fuerte en Las Vegas tiene derecho a que se le sirvan bebidas gratis. (N. del A.). < <

[4] Aun cuando prácticamente todos los lectores conocen su existencia, quizá no esté de más recordar que el Sindicato del Crimen es una organización profesional, dependiente en gran parte de la Mafia, que se dedica a alquilar asesinos a precio fijo. Si una determinada persona quiere acabar con un enemigo en Nueva York, se pone de acuerdo con el Sindicato del Crimen, que le proporciona un asesino llegado expresamente del otro lado del país ya quien en Nueva York nadie conoce. Una vez realizado el «trabajo» el asesino desaparece y es muy difícil localizarlo, pues nada le relaciona con la víctima. Aun, en el caso de ser apresado, el matador jamás dirá por cuenta de quién ha hecho el encargo, en parte porque lo desconoce y en parte porque se jugaría su propia vida si traicionara el secreto. Por esa razón existen en Norteamérica tantos asesinatos que nunca se aclararán, y por esa razón también tiene tanto éxito el Sindicato del Crimen, ya que los encargos que se le hacen aumentan continuamente Robert Kennedy, siendo secretario de Justicia, luchó con todas sus fuerzas contra él, pero inútilmente. (N. del A.). < <